

An abstract artwork featuring a large, multi-eyed face at the top center, a profile of a face on the right, and a nude figure on the left. The background is a mix of red, blue, and yellow tones with various textures and lines. The text is overlaid on the artwork.

LA TORRE DEL OJO

Año II - Número 9

Revista de literatura y
• cultura

@lucia_orsan



LA TORRE DEL OJO

Revista de literatura y cultura

www.latorredelojo.com

NÚMERO 9

Mayo 2026

ISSN: 3101-2167

DIRECTORES

Felipe Díaz Pardo

Fernando Martín Pescador

COLABORACIONES

César Aponte

Adriana Araujo Torres

Óscar Bastante

Raquel Bordóns

Jesús Cepeda

David Botella

Álvaro Bruno Cantarero

Joaquín Correa

Carlos Diest Sánchez

Miguel García Corral

José Carlos Jiménez

Cristina Manías Fraile

Gabriel Martín

Guillermo Martín

Rubén Martín Camenforte

Bárbara Mena Da Costa

Bárbara Muñumer

José Pardal

Elena Piles

Javier Moisés Rentería Hurtado

América Sánchez

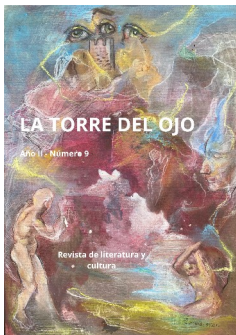
Miguel de los Santos

Antonio Luis Vicente Canela

Rafael Yuste Oliete

ILUSTRACIONES

Livia Organista Sandino



CONTACTO

latorredelojo@gmail.com

Enviar colaboraciones a esta dirección de correo.

La torre del ojo no se responsabiliza, necesariamente, de las informaciones y opiniones expresadas por sus colaboradores.

Editorial

Por Fernando Martín Pescador

La torre del ojo es un río que se nutre de muchos afluentes (confluyentes, afluyentes). Es hermoso confluir, fluir de la mano. Uno de esos afluentes es Breverías, el certamen literario que este año ha cumplido su tercera edición. Tal vez porque se ha corrido la voz, tal vez porque el certamen va consolidándose o, tal vez, porque lo hemos anunciado por más vías, el caso es que el número de participantes se ha quintuplicado este año. Hemos recibido textos estupendos que, creíamos, merecían tener más visibilidad. Por eso, hemos decidido no solo publicar a los cinco finalistas, sino que además, hemos seleccionado unos cuantos relatos más que hemos considerado que estaban en sintonía con nuestra publicación. Así pues, nos gustaría comenzar este número agradeciendo a esos participantes que nos han permitido publicar sus cuentos en nuestra revista.

Otro de nuestros afluentes es Tarde de monstruos. Un día al año, un grupo de escritores nos juntamos para leer historias de miedo que hemos escrito para la ocasión. Hemos reunido todas esas historias en un libro (en edición coordinada por Felipe Díaz Pardo) que acaba de ser publicado por la editorial Bohodón. Gracias a los participantes y gracias a la editorial por hacer posible ese libro.

Por último, otro de nuestros afluentes es *La Revista de Valdemoro*. Su director, José Manuel López de Benito, ha apostado siempre por la cultura. Ha publicado los cuentos ganadores de las tres ediciones de Breverías y cada diciembre, publica una sección de cuentos por Navidad. Se publican cuentos de exactamente cien palabras escritos por veinte autores y son ilustrados por veinte artistas gráficos. Dentro de ese proyecto descubrimos hace unos años a Livia Organista, la joven artista de nuestro número de mayo. Para ella va el cuarto agradecimiento de nuestro editorial del mes. ¡Gracias, Livia, por fluir con nosotros!

Contenidos

Palabra de ilustradora	página 3
Livia Organista	
¡Cuánto mayo por delante!	página 4
Raquel Bordóns	
Mare Tuum	página 6
David Botella	
El sueño (Fábulas)	página 7
Rafael Yuste	
La Habitación de Arriba	página 8
Guillermo Martín	
Malos hábitos	página 10
Gabriel Martín	
La última receta	página 12
Javier Moisés Rentería Hurtado	
Calivos/Rescaldos	página 14
Carlos Diest Sánchez	
La casa que tiembla	página 17
América Sánchez	
Nocturno	página 20
José Carlos Jiménez	
Nocturno para piano	página 22
Rubén Martín Camenforte	
La comparsa de los que no llegaron	página 25
Bárbara Mena Da Costa	
Olympia	página 27
Bárbara Muñumer	
Un ángel pequeño	página 30
Adriana Araujo Torres	
Un tipo tan tranquilo muy que se olvidó	página 32
Álvaro Bruno Cantarero	
Una bufanda de la que ya no recordaba el color	página 34
Antonio Luis Vicente Canela	
Valdemoro, 1799	página 36
José Pardal	
Aventuras de una patata	página 39
Elena Piles	
Besos problemáticos	página 41
César Aponte	
Borradores	página 43
Joaquín Correa	
Cincuenta metros	página 45
Miguel García Corral	
Cuéntame un cuento	página 47
Óscar Bastante	
La búsqueda del tesoro	página 50
Cristina Manías Fraile	
Los premios de Julio Cortázar	página 52
Miguel de los Santos	
El sexto sentido	página 54
Fernando Martín Pescador	
Auguste Deter y el Dr. Alzheimer	página 56
R. Kipling	
Cuando se despertó	página 59
Fernando Martín Pescador	
Agenda 2025—26	página 62

Palabra de ilustradora

Livia Organista Sandino*



La conexión existente entre las diferentes ramas del arte se pone de manifiesto en el antiguo CAP (*Curso de Aptitud Pedagógica*) (Peña y Fernández, 1997), donde se “insiste en la necesidad de no considerar ninguna materia como un compartimento estanco, y especialmente la Literatura que se puede vincular fácilmente con otras diversas manifestaciones culturales o artísticas” (pp. 13, 138).

Así, podemos establecer una analogía entre literatura y pintura: el escritor equivale al pintor; el lector, al observador; el texto, a la obra pictórica. Ambos se encuentran a “mitad de camino entre el mundo que se intenta representar y el hombre que quiere expresarse.” Espero pues, que las pinturas que he seleccionado para este vademécum de historias, ensayos, artículos y reseñas, ilustren de forma, más o menos acertada, uno de los placeres más elevados del hombre: “intentar representar algo, haciéndolo vivir por encima del tiempo” (Gutiérrez et al. 1975, p. 14).

Gracias a los directores de esta revista, y también a los escritores, que con la mejor de las voluntades y máximo agrado, deleitan a sus lectores con un número más de la Revista *La Torre del Ojo*.

* **Livia Organista Sandino** (Madrid, 2004) Estudiante de Bellas Artes, aspirante a retratista, le interesa el estudio de los clásicos y la construcción de imaginativas y coloridas narrativas. Ha expuesto sus pinturas en puntos de interés cultural en Alemania y ha participado en exposiciones colectivas en Valdemoro, Torrejón de Ardoz o Gijón. En su tiempo libre asiste al *Círculo de Bellas Artes de Madrid*, donde practica pintura del natural.

¡Cuánto mayo por delante!

Raquel Bordóns*



Raquel Bordóns, escritora por placer y triste por el mundo.

Hoy mi mente se debate entre leer el periódico, ver las efemérides del mes de mayo u observar las rosas de mi jardín mientras tomo un café.

El tiempo también se debate entre regalarme sus rayos de sol o nublarse y sombrear todo amenazando con permitir que choquen unas nubes con otras trayendo una de esas tormentas de primavera que, igual nutren el suelo para enriquecerlo, como lo destrozan creando surcos sangrientos y robándole la vida a esos brotes frescos y esas flores incipientes.

Este mes de mayo se celebran varios eventos. El día de la madre en distintos países, el día del trabajador, el día del alzamiento madrileño contra la invasión francesa, el día de la Comunidad de Madrid, el día de la libertad de prensa, de las enfermeras, de la familia, de la hipertensión, de las letras galegas...

Me ensombrece el alma, al tiempo que cae la sombra sobre mis mini dominios (o maxi dominios, dependiendo de quién los vea. Preguntad a aquellas personas que no tienen un techo donde vivir).

Días mundiales de..., días internacionales de... Se me rompe el calendario entre los dedos y me pregunto qué y cómo celebrar cuando queda tanto mayo por delante.

Lenguas de fuego muerden vidas, estrechos más estrechos todavía estrechan futuros y legiones de muerte matan hasta a sus propios legionarios.

Unos leen libros religiosos en sus despachos y otros jugamos con las palabras para dejar escrito lo que no se puede escribir. Mientras tanto, como tantas veces a lo largo de la historia, otros tantos pierden la vida o lloran sus pérdidas amargamente sin saber si quiera el porqué.

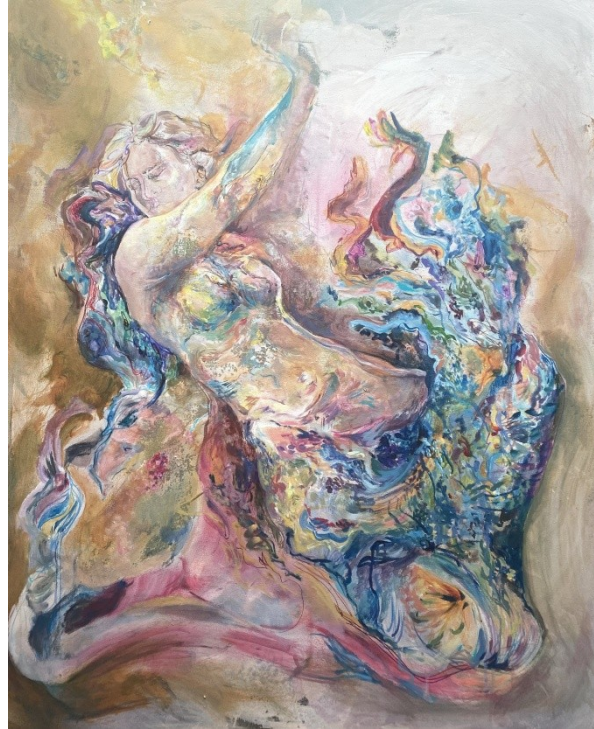
El que quiera celebrar el 31 de mayo el día mundial sin tabaco, verá cómo llega ese día rápidamente y el mes se le habrá esfumado. Pero ¡cuánto mayo queda por delante para todas esas personas a las que el día mundial sin tabaco les importa un bledo!

Por todas esas personas que sufren la incongruencia del mundo.

Ficción poética

MARE TUUM

David Botella[^]



Bajo el mar, entre los cubitos de arena que olvidan los niños,
serpentea una brisa de sol verde y sereno.
Las herreras hacen escondites con ellos
y tú juegas a ser Cousteau con el culo fuera del agua
como una isla salvante para este náufrago tuyo.

Hubo un tiempo en que te limpiaba despacito la boca de sal,
cuando volvías de lo profundo y te extendías en la toalla gigante
como un mapamundi
llena de idiomas, de ideas y dientes.

Cuando tostabas de junio las mejillas
y devorabas con ellas zarríos y chismes
y nos reíamos de ellos como actores noveles.

En ese tiempo apacible, la marea venía
en su inmensa mansedumbre a morir a tus pies,
como sofocada de ser nuestra y romana,
y orillada a tu par en la roca horadada,
a arrullarte resuelta: Mare Tuum, Mare Tuum, Talasa

[^] David Botella - Miembro fundador de la editorial Drume negrita.

EL SUEÑO

Rafael Yuste Oliete*



La osa se arrebujó en su propia piel. A su lado, ya dormida, su pequeña criatura, un año más. El corazón en calma –ayer hervía–, el frío lo aletarga. Y con ese corazón en calma, el sueño avanzó por su cuerpo sumido en la negrura, hasta vencerlo. Y las imágenes inconscientes se colaron por las grietas de la roca y, a través de simas y cavernas, afloraron depuradas por el filtro subterráneo de la tierra, elevándose al firmamento.

*Quinientos diez millones de kilómetros²
a pulso por el plano de la elíptica.*

Y qué.

Nosotros anhelamos.

*El más leve aleteo de la sangre
excede a la pureza de este cosmos.*

[...]

*Lo nuestro es el cubil
y toda la inocencia de la vida.*

[...]

*–Llamando desde el horizonte de sucesos,
llamando desde el horizonte de sucesos,
aquí el cariño.*

*En medio de esta negra infinitud
impactos de latidos infantiles.*

*Mas no temas, amor de ojos morenos,
te busco todavía
al borde de la nada.*

[...]

*Con el corazón en tierra y arena
hasta en las uñas,
aterrizamos.*

Un bostezo inundó el vacío, llenando de vapor primigenio el universo; confluyeron sustancias y partículas volátiles; se concretaron la piedra y una alfombra almohadillada y fértil; había un pálpito, varios, algo de luz; al fin, el mundo renacía.

* **Rafael Yuste Oliete** (Zaragoza, 1968) es autor de los libros de poemas *Trilogía de historia natural* (2001), *Solo cuerpo* (2023) y *Las aventuras de Juan Lázaro* (2020), y del álbum ilustrado *Silván y los árboles parlantes* (2020), además de haber publicado algunos de sus poemas y relatos en obras colectivas o publicaciones periódicas, como *La revista de Valdemoro*. Desde 2016, es el responsable editorial de Prames.

La Habitación de Arriba

Guillermo Martín*



No fue consciente hasta más avanzada edad de lo que le había estado sucediendo para sentirse más allá o aislado del resto: fue un aprendiz, de todos ellos y de todo su mundo.

Aprendiz sentía percatarse de cosas que el resto ignoraba, si bien estaban delante de sus narices: "¿cómo puedes no situarte en la casi-inexistente frontera del bien y del mal, lo justo o lo injusto, cuando tu médico de confianza deja de darte servicios por ganar más dinero en otro lugar?", se preguntaba, entre más cosas o por poner un ejemplo. Quizás era demasiado sensible o quizá le faltaba empatía. Puede ser, que aquello que lo alejaba del resto no le dejase ver tan cristalino como creía y de ello nunca sería consciente, ya a más avanzada edad, cuando despertó un día en un lugar diferente a su cama, donde todas las mañanas se despertaba sin excepción. Le costó adaptarse, no sentía estar en ningún lugar concreto y de manera violenta, se vio ascendiendo lenta y gradualmente hacia otro plano de la realidad, con otra luz y otros colores, desde el cual y una vez se le fueron habituando los ojos pudo ir diferenciando, de manera también muy lenta y gradual todo lo que tenía a sus pies, tratándose, nada más y nada menos, que de su realidad originaria; y a su alrededor, tratándose todo ello de una especie de habitación vacía que a Aprendiz le recordaba

* **Guillermo Martín** - Joven autor con pasión por escribir y por la aviación desde bien pequeño. Escribe, mayoritariamente, ensayos y poesía.

mucho al escenario final de la película *El Club de la Lucha*, pero con un suelo de cristal muy limpio y transparente desde el que podía ver, según se ha mencionado, a sus pies, coches en las carreteras y personas en las aceras, árboles, parques y edificios, como si viese todo aquello desde una toma cenital. Al percatarse del lugar que estaba ocupando ahora en el mundo -o mejor dicho, fuera de él-, Aprendiz describió todo aquello como "si le hubiesen preparado una habitación especial en la Estación Espacial Internacional desde la cual, mágicamente o con un gran telescopio -lo que para él seguiría siendo mágicamente-, era posible de ser visto todo el planeta tierra, en el suelo de dicha habitación" y así es como más tarde lo describiría en sus relatos. Nadie ha dado una definición más exacta que Aprendiz de este suceso, pues según sentía él, aunque erróneamente, tampoco nadie ha llegado nunca hasta esta habitación.

Lo que aún no había descubierto es que cada ser tiene la suya propia. Impresionado por este descubrimiento fue que tardó en percatarse de una sustancia más en aquel espacio, también racional, pero de naturaleza distinta a la suya, que en humano podría definirse en el género femenino y a lo que decidió llamar "Ella". La acercó a estos atributos para tener una manera de situarla en su mente, a pesar de que sea una descripción más bien lejana a la naturaleza de la inefable sustancia.

Sin saber muy bien de qué se trataba aquello, que más acertadamente logró describir como algo así como un holograma o algo viscoso y plasmático, se percató Aprendiz de que Ella cambiaba sus colores y su forma a colores y formas nunca vistos por él, que, sin embargo, concordaban a la perfección con su estado de ánimo y sus pensamientos -de manera que durante la primera media hora en este lugar, debido a su alteración, presenció un espectáculo de colores y formas que incluso el mayor sinestésico del mundo ahora bajo sus pies, habría sido incapaz de presenciar en la melodía más caótica y recargada-, reparó en que de ahí venía todo lo que alguna vez había querido expresar. Aquello se trataba de una parte de sus pensamientos.

Tratando de olvidarse de que aún no había desayunado, Aprendiz prestó atención por primera vez a la panorámica del suelo para apreciar con más detalle el mundo al que correspondía. En un instante y aunque sentía nunca haber estado en este sitio, sintió también ya conocerlo y ya haber visto esta imagen que ahora presenciaba antes.

De la más abrumadora de las maneras, recordó o reparó en que, desde ese "segundo piso" con suelo de cristal, su mundo dejaba de tener extensión y paredes y laberintos que a los ojos de cualquier mortal habrían sido el mayor de los retos y el mayor de los misterios. Todo aquello se derrumbó bajo sus pies, tomando consciencia de que, desde aquel lugar, podría responder -o había estado respondiendo ya- a cualquiera de sus dudas y reflexiones sobre cualquier mundanalidad y desde cualquier perspectiva o desde todas a la vez. Reparó en que todo aquello no era más que su cabeza y su sensibilidad haciéndole presente la filosofía y el pensamiento hasta en las tareas más cotidianas. Ahora entendía desde dónde pensaba, sentía y veía, allí a donde sentía que nadie más llegaba. Sintió un dolor tremendo de no poder subir a nadie más allí cuando, con la misma violencia con la que había ascendido, descendió para despertar una mañana de domingo en su cama, como si nada hubiese pasado ni nada recordase, con la clara idea de escribir sobre el lugar en el mundo que ocupan la mundanalidad y la cotidianidad.

MALOS HÁBITOS

Gabriel Martín[†]



Usé la llave para entrar a casa de mis padres. Mi madre había insistido en que fuera y en que debía estar allí antes de las ocho y media. La encontré sentada en el sofá, clasificando papeles y viejas fotos sobre la mesita auxiliar. Me acerqué silencioso por detrás y le di un beso en la cabeza, como hacía siempre. No la había visto desde hacía una semana, desde que la acompañé a la notaría.

—¡Ay, hijo! ¡Qué susto! ¡Me vas a matar!

—Hace falta mucho más que esto para acabar contigo, mamá. —Fui a tomar asiento en el viejo sillón orejero de mi padre.

—No, hijo, no. Ahí mejor no. Ya sabes cómo se pone tu padre.

—Mamá... Papá no tiene...

—Sí, hijo, sí, lo que tú quieras... pero si no te importa, siéntate aquí a mi lado —me indicó, dando insistentes palmaditas en el sofá.

Lo hice. Nunca he sabido negarle nada a mi madre. Desde la cocina me llegó un olor inconfundible y familiar.

—Humm... ¡has estado haciendo tu *superbizcocho*!

—Claro. Te lo puedes llevar entero, para ti, María y los niños. Con que nos dejes un poco vale.

Me removí en mi sitio, incómodo, pero decidí ignorar el comentario.

—¿No tienes frío? ¿Por qué no pones la calefacción?

—Está puesta. Pero no funciona al mismo tiempo que el agua caliente, y tu padre lleva media hora en el baño. Ya sabes que siempre se ducha a la misma

[†] **Gabriel Martín** (Santander, 1968): Aborda y compagina desde hace años la composición y la escritura con la misma inconstancia. Ha publicado en la revista literaria *Prosofagia*, en el *Diario de Lanzarote* y, actualmente, en su blog personal *Breves Desencuentros*. Ganador del III Certamen de microrrelatos Antonio de Guevara, ha sido también finalista en diversos concursos.

hora, según llega del trabajo. Y que se puede pasar la vida debajo del agua. No tardará, de todas formas.

Entendí qué era el ruido de fondo que me había extrañado desde mi llegada: la caldera quemando gas.

—Mamá... ¿qué estás...?

—Ya ha acabado —me interrumpió—. Ahora bajará. Toca lectura. Ya sabes cómo es de estricto con sus horarios y sus hábitos.

La lámpara de pie colocada junto al sillón de leer de mi padre se iluminó. Sentí como si el corazón se me hubiera reducido de repente y fuese incapaz de bombear sangre al resto de mi cuerpo.

—Ya está ahí. Saluda a tu padre.

Me levanté para revisar la luz; asomé la cabeza por encima de la tulipa para descubrir asombrado que no había bombilla puesta. Empecé a sudar, pero era como si exudara hielo, igual que quince días atrás.

—La quité hace unos días, hijo, a ver si dejaba de hacer tonterías; pero se ve que le da igual. Ya sabes cómo es de cabezota.

Investigaba todavía la extraña luz cuando, a mi espalda, se encendió la televisión. Me giré: el mando a distancia descansaba junto al aparato, a metros de mi madre.

—¡Ah! ¡Vaya! Se ve que hoy juega el Madrid. Será *Champions*, porque es miércoles. Poco ha leído, entonces.

—Mamá, ¿qué está pasando? ¿Desde cuándo...?

—¡Uys! Desde el día siguiente casi. Pero no te preocupes, que yo estoy bien. Era peor antes, ya lo sabes tú de sobra. Muchísimo peor. —Una sombra plúmbea le oscureció el rostro, como tantas veces había visto a lo largo de mi vida—. Al fin y al cabo, ahora no puede hacer más que estas tonterías —dijo, sacudiendo la cabeza y alzando la voz por encima del sonido del televisor

—Pero...

—Pero nada, Manuel. Solo te he llamado para que comuniques a la inmobiliaria que las visitas solo podrán ser entre semana, en horario de trabajo, cuando él no esté. También para decirte que en cuanto vendamos me mudo a Benidorm. Ya sabes cómo odia él la playa.

Trastabillé de nuevo hasta el sofá y me dejé caer en él.

—No te sientes, no, so vago. Necesito que me ayudes; ayer vi que queda un poco de sangre debajo de nuestra cama y yo sola no puedo moverla para limpiar a fondo. Siempre has sido un descuidado. —Me revolvió el pelo, como siempre que me regañaba.

—Claro, mamá. —Nunca he sabido negarle nada a mi madre.

Comenzó a vibrar el sillón. Empezó con un ligero temblor, pero acabó elevándose y cayendo contra el suelo, con un estruendo desmedido y brutal que me congeló la sangre. Como cada vez que él se enfadaba. El viejo mueble se alzaba y volvía a caer sin descanso; la luz de la inexistente bombilla se encendía y se apagaba al ritmo de los golpes; los papeles y las fotografías que intentaba ordenar mi madre volaron desde la mesita por todo el salón, como una desbandada de palomas asustadas.

—Mira —dijo ella—, ya le han metido un gol al Madrid.

LA ÚLTIMA RECETA

Javier Moisés Rentería Hurtado



La abuela Chenchá siempre decía, que el secreto del encocado de jaiba estaba en remover con la mano izquierda mientras se rezaba con la derecha. Yo nunca le creí. Pensé que eran supersticiones de vieja, cosas del Pacífico que no tenían cabida en mi vida de Madrid, con mis clases de cocina molecular y mis emplatados de Instagram.

Pero ahora, parado frente al fogón de su casa en Guapi, con el cucharón temblando en la mano, empiezo a entender.

Han pasado tres días desde el funeral. La casa huele a humedad, a sal del mar que se cuele por las rendijas, y a ese aroma fantasma de leche de coco que parece haberse impregnado en las paredes después de cincuenta años de cocina. Encontré su cuaderno esta mañana, escondido entre las ollas curtidadas, negras que nunca quiso reemplazar por las de acero inoxidable que le regalé.

No es un cuaderno de recetas común. No tiene medidas exactas ni tiempos de cocción. Es un diario donde cada plato viene acompañado de una historia, de un consejo, de una advertencia.

“El sancocho de pescado se hace cuando hay que perdonar”, dice la primera página. “El agua debe hervir hasta que el rencor se evapore con el vapor. Si queda amargo, es porque todavía guardas algo en el pecho”.

Paso las páginas amarillentas. Reconozco platos que comí toda mi infancia sin preguntar, sin agradecer. El arroz atollado que preparaba los domingos. Las empanadas de camarón que hacía para las fiestas. El pusandao que cocinó el día que abuelo se fue y nunca regresó.

“El pusandao lleva plátano verde cuando hay que ser fuerte”, escribió. “El maduro es para cuando ya no queda más remedio que rendirse”.

Me detengo en una receta que no tiene título, solo una fecha, 15 agosto de 2023. El día que le dije que no volvería, que me quedaría en España, que Guapi era demasiado pequeño para mis sueños.

“Encocado de despedida: Se pone la leche de coco a fuego lento. Se añade el pescado sin prisa, porque las prisas espantan el amor. Se sazona con todo lo que no se pudo decir. Se sirve caliente, aunque se coma solo”.

Las lágrimas caen sobre la página, borrando algunas palabras. No importa. Ya las sé de memoria.

Cierro el cuaderno y empiezo a cocinar.

Raspo el coco como ella me enseñó, exprimiendo la pulpa con fuerza hasta que los nudillos me duelen. El líquido blanco cae en el recipiente como una promesa. Parto el pescado – Gualajo fresco que compré en la galería esta mañana– en trozos irregulares, no perfectos como los que hacía en el restaurante en Toledo.

Enciendo el fogón. La llama azul tiembla un momento antes de estabilizarse.

Mientras la leche de coco hierve, saco el celular. Tengo diecisiete llamadas perdidas de mi socio en Madrid. El restaurante está a punto de abrir su tercera sede. Necesitan que vuelva, que firme papeles, que tome decisiones.

Pero mis manos siguen removiendo.

Añado el ajo, el cilantro cimarrón que crece salvaje en el patio, la cebolla que pica los ojos. El aroma empieza a llenar la cocina y, por un momento, juro que escucho su risa. Esa risa profunda que salía de algún lugar en los más profundo de su pecho, donde guardaba todas las historias que nunca me contó.

El encocado borbotea. Bajo el fuego.

En la última página del cuaderno, escrita con tinta más reciente, hay una nota que no vi antes:

“Mijo: Si estás leyendo esto, es porque ya no estoy. No llores mucho. Yo cociné toda mi vida para que otros comieran caliente, para que otros se sintieran en casa. Tú te fuiste buscando tu propia cocina, y eso está bien. Pero no olvides que las mejores recetas no se pesan en gramos ni en grados. Se miden en cuánto amor cabe en una olla, en cuánta memoria puede guardarse en un sabor. Cocina lo que quieras, donde quieras. Pero cocina siempre con la mano izquierda y reza con la derecha. Reza por los que ya no están, por los que se fueron, por los que todavía esperan un plato caliente. Y cuando ya no sepas qué cocinar, vuelve al encocado. Ahí está todo. Tu mamá que te quiere”.

Apago el fuego.

Sirvo el encocado en su plato favorito, el de borde desportillado que se negaba a tirar. Lo pongo en la mesa, junto a la ventana donde le gustaba sentarse a ver el río.

Me siento frente al plato vacío de enfrente y empiezo a comer.

Por primera vez en tantos años, el encocado me sabe a casa.

Mañana llamaré a Madrid. Les diré que no vuelvo, que el restaurante puede seguir sin mí.

Que encontré algo más importante que una estrella Michelin.

Encontré la receta que me faltaba.

La de quedarme.

CALIVOS / RESCOLDOS

Carlos Diest Sánchez*

EXILIOS

Fa muito que a vida dio pasada a la memoria. Me clamo Grizelda Kristiņ. Naixié o 19 de marzo de 1910 en Vaid, Letonia. Moriré o 2 de chunyo de 2013 en Campbellville, Canadá. Soi a zaguera parladora nativa de livonio, una lengua baltofinesa d'o Golfo de Riga. O idioma me sobrevivirá, manimenos. Bellas decenas de personas lo son aprendendo como segunda u tercera lengua. Mesmo escribirán poemas con estas silabas de pluya e luz. Me clamo Grizelda Kristiņ. Fuyié d'os nazis, d'os comunistas. Vivo siempre luent. Cada maitino, me devanto, alufro o mar e recuerdo. Soi un diccionario.

EXILIOS

Hace mucho que la vida dio paso a la memoria. Me llamo Grizelda Kristiņ. Nací el 19 de marzo de 1910 en Vaid, Letonia. Moriré el 2 de junio de 2013 en Campbellville, Canadá. Soy la última hablante nativa de livonio, una lengua baltofinesa del Golfo de Riga. El idioma me sobrevivirá, sin embargo. Algunas decenas de personas lo están aprendiendo como segunda o tercera lengua. Incluso escribirán poemas con estas sílabas de lluvia y luz. Me llamo Grizelda Kristiņ. Hui de los nazis, de los comunistas. Vivo siempre lejos. Ahora, observo el mar y recuerdo. Soy un diccionario.

* Carlos Diest empezó a publicar en la colección *Drume Negrita* de Zaragoza a finales de los años 80 del siglo pasado. Tuvo también un grupo de rock con sus hermanos. Escribe siempre en aragonés aunque a menudo se autotraduce al español.

LEIXAMIENTO

O mundo desapareixió sin que yo me'n acatase. Dica que no feneixió a mía chermana, no me facié cargo que yo yera a unica parladora d'eyak viva; a za-
guera d'os nuestros. O idioma en o que naixié e creixié muere con yo. Nian os
míos fillos querión aprender-lo. Quí le dirá «lis» a l'alto abet d'agullas verde-
azulencas? Quí sabrá que «kultahl» ye, de vez, fuella d'árbol e pluma d'au?
Manimenos, quiero creyer que a mía lengua materna revilcará bel día. Per ixo,
de conchunta con o lingüista Michael Krauss, cuaterno este universo de para-
blas e miradas. E suenio encara.



LEGADO

*El mundo desapareció sin que me diera cuenta. Hasta que no falleció mi her-
mana, no comprendí que yo era la única hablante de eyak viva; la última de los
nuestros. El idioma en el que nací y crecí muere conmigo. Ni mis hijos quisie-
ron aprenderlo. ¿Quién llamará «lis» al alto abeto de agujas verdeazuladas?
¿Quién sabrá que «kultahl» es, a la vez, hoja de árbol y pluma de ave? Aun
así, quiero creer que mi lengua materna revivirá algún día. Por eso, con la ayu-
da del lingüista Michael Krauss, inventario este universo de palabras y miradas.
Y todavía sueño.*

LINIAS

No fa que un mes que morié. Acababa de fer os 90 anyos. Me vagó de veyer muitas cosas. A mayoría no m'agradón mica. Tenié suerte, con tot. No m'inter-nón en una d'ixas escuelas an que te rancan as parabras e te vuedan l'alma. Fue a unica d'a mía cheneración que creixió en una comunidat Huka. Sé mui-tas cosas que dengún mes no sabe. Dende que mi mai morió, no tengo con qui charrar en a mía lengua. Per ixo, aduyé a fer clases en huka pa ninos en edat preescolar. Quí sabe, talment o mío idioma me sobreviva.

LÍNEAS

Morí hace apenas un mes. Acababa de cumplir 90 años. Tuve tiempo de ver muchas cosas. La mayoría no me gustaron nada. Fui afortunada, sin embargo. No me internaron en una de esas escuelas en las que te arrancan las palabras y te vacían el alma. Fui la única de mi generación que creció en una comunidad Huka. Sé muchas cosas que nadie más sabe. Desde que murió mi madre, no tengo con quien hablar en mi lengua. Por eso, ayudé a crear clases en huka para niños en edad preescolar. Quién sabe, tal vez mi idioma me sobreviva.

LA CASA QUE TIEMBLA

América Sánchez[^]



Todas las mañanas Elena revisaba las ventanas buscando grietas nuevas. No sabía si las hacía el viento o el arrumbamiento; ambas cosas últimamente se confundían. Incluso había días en que la casa despertaba antes que ella. No con ruidos, sino con algo más sutil. Un temblor mínimo, un pulso bajo las paredes apenas perceptible. Como si el edificio entero respirara. Ella lo sentía primero en las plantas de los pies, al apoyar el peso todavía tibio de la mañana; luego se extendía por las piernas, subía por la espalda y se instalaba en la nuca, justo donde empieza el temor.

Ese temblor era antiguo.

Y ella también.

Se preparaba el café como siempre, midiendo el agua con esa precisión obsesiva que había aprendido sin querer. Las cucharas chocaban entre sí como campanas y, a veces, ella tenía la impresión de reconocer una cadencia familiar. Un ritmo que venía de otra época, de otra piel, de otra mujer que había sido ella misma. Pero no. No pensaba en eso. No todavía.

La casa era pequeña pero últimamente le parecía diminuta. No por su tamaño, sino por la forma en que la habitaba. Había días en que la cocina parecía inclinarse hacia adelante, o el pasillo se angostaba justo cuando ella intentaba cruzarlo. Eso la obligaba a caminar de lado, conteniendo el aire, como si

[^] **América Sánchez**, periodista chilena residente en Barcelona, cuenta con formación en sociocultura, literatura y docencia. Su inspiración nace en el estudio de la exclusión social y la vulneración de derechos humanos. Escribe crónicas, cuentos y relatos.

un cuerpo invisible estuviera ocupando parte del espacio. A veces, incluso le parecía escuchar un roce detrás suyo. No un paso completo, sólo un roce. Como un dedo pasando por la pared.

En lugar de enfrentarlo, ella hacía lo que mejor sabía: seguir. Estructurada, meticulosa, perfeccionista. Arreglar la mesa. Doblar una toalla. Mover una plancha dos centímetros. Tareas mínimas que funcionaban como anclas. Pequeños pesos para evitar que el pensamiento flotara demasiado lejos. La primera señal llegó una tarde, cuando encontró un papel oculto entre los cojines del sillón. Pequeño, doblado, con una frase escrita en tinta azul:

“Aquí también tiembla”

Lo leyó varias veces, tratando de no sentir cómo el pulso de la casa se aceleraba nuevamente bajo sus pies. Pensó que quizá lo había escrito ella misma. Era posible. Había estado olvidando cosas últimamente: las llaves, la fecha, el día de la semana, el gusto de ciertos alimentos. Como si su memoria fuera una manta vieja, llena de agujeros que ella intentaba cubrir con rutinas inútiles.

Así que guardó el papel en un cajón, pensando que lo tiraría luego.

Pero también olvidó hacerlo.

Al día siguiente, encontró otro, esta vez dentro del bolsillo de su abrigo:

“Respira con calma. El aire recuerda”

Era absurdo. Pero a la vez tenía sentido.

El aire sí recordaba.

Cuando se quedaba inmóvil mucho rato, el silencio de la casa parecía absorber la respiración de alguien más. No la suya. No la del vecino. Otra. Una respiración cansada, rota, que le erizaba los brazos incluso sin viento.

Sabía que los psicólogos le hablaban de “somatización del trauma”, de “memoria cinestésica”, de “flashbacks sin imagen”. Pero esas palabras no servían cuando las paredes parecían cerrarse un centímetro cada día. O cuando la noche entera se sentía como una habitación sin ventanas.

Una noche, mientras intentaba dormirse, sintió algo más fuerte que un temblor: un tirón. Como si alguien invisible hubiera tomado el borde de la sábana y la hubiera movido hacia abajo, apenas. Ella se incorporó en un segundo.

Y ahí estaba: otra nota.

Pegada a la pared.

Esta no tenía tinta. Estaba escrita con presión, como si una mano temblorosa la hubiera marcado sólo hundiendo el lápiz:

“No fue un sueño”

El corazón se le apretó. Esa frase detonó algo en su garganta, en sus manos, en un músculo profundo que llevaba años inmóvil.

No fue un sueño. La frase vibraba como un trueno pequeño.

Y la casa también vibró.

Elena retrocedió, tropezó con la cama y cerró los ojos un momento. Todo se volvió borroso. Vino una oleada de imágenes sin forma, como si su memoria hubiera sido agitada desde adentro: una mujer encogida sobre sí misma. Ella. Que repetía una frase una y otra vez, como un rezo:

“No pasó. No pasó. No pasó”

Abrió los ojos, se puso de pie: y la nota seguía en la pared.

El temblor bajo los pies había aumentado, pero ya no parecía miedo de la casa, sino miedo de ella.

Otra nota cayó del techo. Lenta. Casi delicada.

“La negación también te protege”

“Hasta que ya no”
¿Negación?

Ella lloró, sin saber por qué exactamente. Pero las lágrimas le bajaron por la cara como si hubieran esperado demasiado tiempo para existir. Y entonces ocurrió algo extraño: el pasillo, ese pasillo angosto que siempre la asfixiaba, se abrió. No físicamente. No en centímetros. En otra cosa. Quizás en significado. Era como si el espacio hubiera exhalado por fin.

Las paredes dejaron de temblar y la casa se quedó quieta. Como una herida que deja de sangrar al aceptar su origen.

Ella recogió todas las notas. Las extendió sobre la mesa y pensó en que parecían fragmentos de una voz. De su voz. Una voz que había estado hablando desde un lugar demasiado profundo para escucharse a sí misma.

Al juntar las frases, entendió.

No recordaba el evento exacto. No tenía por qué. Pero su cuerpo lo recordaba por ella. Las notas no eran advertencias: sino la forma que su memoria había encontrado para regresar. Y la casa no la amenazaba: la acompañaba.

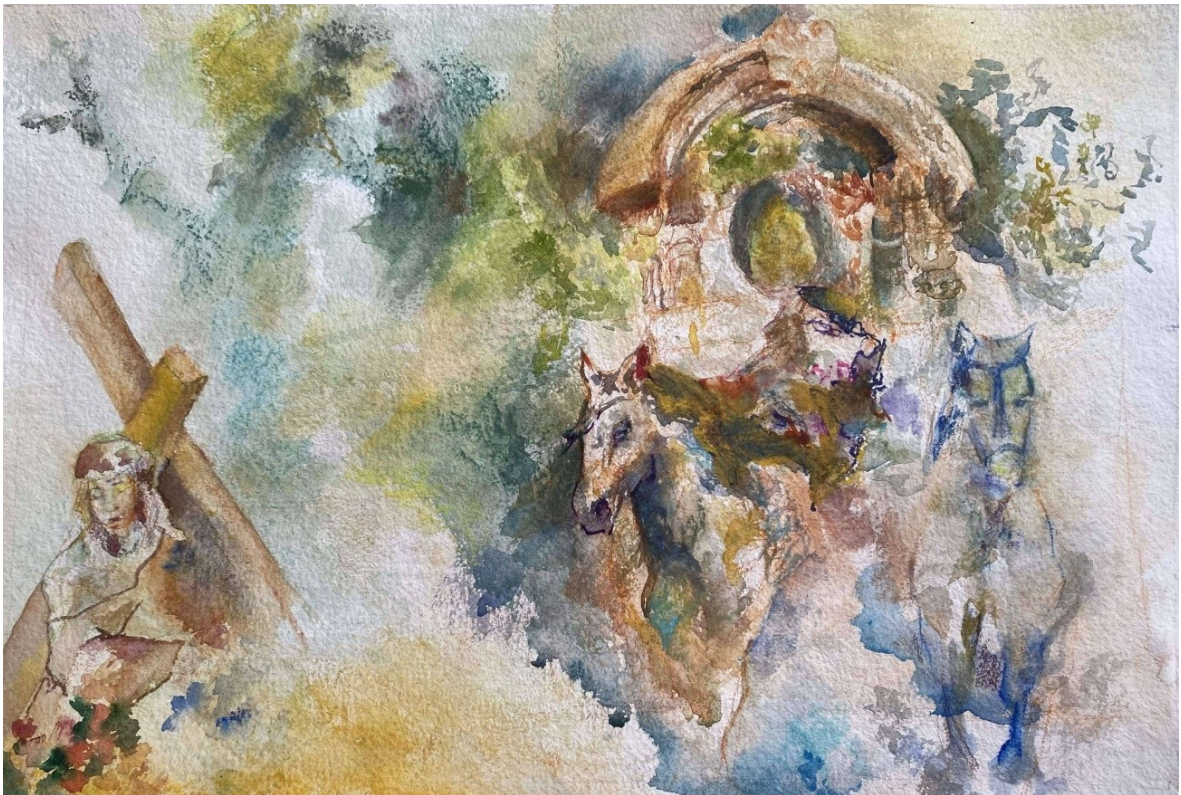
Respiró hondo.

Y por primera vez en años, el aire no tembló.

Luego escribió una última nota, muy pequeña, para sí misma:

“Ya lo vi”

Y la casa, silenciosa, pareció asentir.



NOCTURNO

José Carlos Jiménez*



* José Carlos Jiménez. Hace eones un chico de 14 años encantado por Clío, a la sazón musa de la literatura, ganó un concurso literario. Los hados le reclamaron para otras tareas, a las que se dedicó cual Atlas, hasta que hace pocos años encontró una puerta dimensional y retornó al mundo literario, dando a conocer sus pequeños relatos y ganando algún premio para agasajar su ego.

Al caer la noche el conservatorio se va llenando de otra vida.

El silencio impone su ley, y como guardián nocturno, se mueve a pasos lentos por los pasillos.

De repente, un crujido en una de las aulas altera su equilibrio, si tuviera manos, se llevaría un dedo a la boca para ordenar silencio, mas sólo es un ente incorporeal, fruto del sueño de los que buscan la paz y el descanso, y no ha sido dotado de materia para poder manifestarse.

Se acerca cauto al aula más cercana de donde parecía provenir el sonido. Una ventana ligeramente abierta debe haber sido la causa del crujido. No obstante, continúa la inspección y descubre algunos instrumentos fuera de sus fundas.

– Alumnos irrespetuosos con las normas, –piensa.

–No saben que cuando dejan libres a los instrumentos, cualquier desaprensivo los puede dañar y no sólo eso, si no que cuando esto sucede los instrumentos se desentumecen y sin ningún tipo de pudor ni respeto por el orden, parecen dispuestos lanzarse a una zarabanda de notas, arpeggios y ritmos según sus capacidades y preferencias.

La ventana vuelve a batir y se acaba abriendo, dejando entrar una ráfaga de viento que parece el público dominical a la caza de asiento en los conciertos gratuitos.

Súbitamente el arco cae sobre el violín provocando un quejido del que nace una nota triste, melancólica, de dolor, el arranque de la Sonata en sol menor de Tartini, alcanzó a leer en la partitura abierta delante del instrumento y que debió quedar allí por descuido, o quizás preparada para la siguiente práctica.

El viento, como el duende Puck en el bosque, recorre la sala desbocado, y con su fuerza, despierta a la flauta que adormilada ejecuta un solo de dos notas correspondiente a su participación en el cuarteto de Carnicer que ha estado ejercitando sin piedad hacia el instrumento el ultimo alumno y que han repetido muchas veces porque uno de los violines no acababa de encontrar el *tempo*.

Como no podía ser menos, el Violonchelo, que recibió el último golpe del arco al caer desde el violín, y ori a la flauta, atacó con ahínco el discurso de acompañamiento de la pieza para flauta y cuarteto de cuerda de Carnicer que no venía a cuento, pero es lo que sucede cuando te despiertan de un profundo sueño en el que estaba recordando sus andanzas por el mundo, ya que el chelo había llegado a viajar por Europa de la mano de su interprete que gozó de un cierto reconocimiento y había participado en muchos conciertos de cámara, hasta que una novia entrometida lo llevó a cambiar el instrumento y el chelo acabó en una subasta pública y de ahí al conservatorio. De resultas de la vibración, el chelo se desplazó haciendo caer los atriles y volar las partituras que se desparramaron cual hojas en otoño sobre el teclado del piano, y con la gracia, sin duda insuflada por algún espíritu musical insomne, acabó sonando, un tanto descompuesto, el Nocturno Opus 9 número 2 de Chopin.

–¡Qué lástima maltratar así esa obra!, –pensó el silencio.

–Al menos es música nocturna, –intentó argumentar, mientras se esforzaba en poner orden en todo ese estruendo.

Y llegó el cierre cuando los platillos. que eran un poco histéricos la verdad, se asustaron y al caer de plano dieron por acabado el concierto.

–¡Por fin!, –pensó el silencio aliviado mientras las ultimas vibraciones sonoras, salían por las rendijas colgadas de las ultimas brisas nocturnas.

–A seguir la ronda.

NOCTURNO PARA PIANO

Rubén Martín Camenforte[†]



[†] Rubén Martín Camenforte (Terrassa, Barcelona; 1974) Licenciado en Historia por la UAB.

Los postreros días de Chopin comenzaron bien temprano, en parte, por la abundancia de personas fastidiosas como la duquesa Walaska. Noticias sobre su presunta muerte habían corrido tiempo atrás. Se decía que la tuberculosis, cronificada en Frédéric desde la juventud, mata con precocidad a los bellos y a los genios. No había alcanzado los cuarenta ni pintaba que celebraría la entrada del decimonónico año cincuenta. Cada encuentro consumado en el 12 de la Place Vendôme venía a confirmarlo. Toda una pena ya que avanzaban sin un frío desmedido por octubre.

—Tiene mejor cara, joven. —El encamado muequeó un gesto paciente y algo resignado—. Alguien tan... presente entre nosotros no debería molestarse en salir de este mundo para dejar hueco a esos teóricos talentos por entrar.

De la disnea que lo alteraba, tambalearon unos inconsistentes vocablos:

—Bueno, se hace lo que se puede.

—Que esperen.

—Hace que me puse en esto de morirse uno... Créame, procuro completarlo como toca... Cristianamente, ante todo, al amparo del padre Aleksander Jelowicki. Sin incomodarme en demasía... en nada más. Con todo, le agradezco esa preocupación tan espontánea.

Visto que la mujer estaba dispuesta a exprimir su momento, al convaleciente le vinieron a la cabeza unas extrañas convulsiones recientes. Pensado y hecho. No poder más equivale a improvisar lo impensable, incluso, para aquellos educados en el arte de encadenar palabras amables.

Todo funeral de calado precisa de cierta anticipación, así que junto a la hermana venida de Polonia se pusieron manos a la obra. Por las características del personaje, existía en París un templo de nueva planta a medio camino de lo laico, muy a la medida del evento. Más que una iglesia al uso, y no solo por su estética de monumento griego, La Madeleine funcionaba como un espacioso complejo ceremonial para asuntos de relieve estatal. Antes, tocaba establecer un margen temporal suficiente entre el defeso y la liturgia de las exequias. Los Chopin habían sufrido en sus propias carnes las vicisitudes de los viajes al oeste del continente emprendidos desde el zarato de Polonia. Diligencias desde Varsovia a Breslavia, posadas insalubres y un galimatías de enlaces a trenes que parecían no llegar jamás. Aunque recelaran de París, compatriotas acudirían a centenares. Por supuesto, germanos a mansalva y otros hijos del Imperio Austrohúngaro. Tuvo un arrebató jocosó respecto a Mendelssohn: ya traspasado. Que lo hubieran enterrado, también a los treinta y ocho años, le ahorra un más que previsible trato frío con los músicos activos en la ciudad. Berlioz, Liszt y el alemán italianizado Giacomo Meyerbeer encabezaban la enumeración. Como poco, por desaprobarlos.

De lo de destruir todas las partituras no publicadas, por considerarlas impropias de su público, ella fue sincera a medias: lo rumiaría. En la práctica, aquellas largas correspondían a una rotunda negativa. Lo de Pauline Verdot...

Pocas damas recibían un reconocimiento igual en la vida social capitalina, cierto... Por su capacidad como mezzosoprano no hubiera habido dudas... De ahí a interpretar el *Réquiem* de Mozart... Debilitado hasta el tuétano de los huesos, se mantuvo en sus trece: <<Ni niños ni falsetistas>>. Inquieta, su departidora se aferró a un intranquilizador realismo: los topetazos con la Iglesia no eran plato de buen gusto... A grandes rasgos, según los rígidos postulados canónicos, la voz femenina era una distracción inapropiada para la adoración y un riesgo moral dentro de los espacios sagrados.

—Fue alumna de Liszt, ¿me equivoco? ¿No te habrá metido ese loco tal idea del demonio en la testa? —Unas manos livianas como plumas entretenían a los que aguardaban su momento en el salón: la hora era de máxima concurrencia—. ¿El segundo de los nocturnos? Conmovedor, estimado.

—Proponed cortinas, Ludwika. Si cantan detrás... ¡Ni nuestra ni suya!

—Me abrumas.

—Luego está lo de este endeble corazón...

—¡Ya estamos otra vez!

Por falta de aire y pálida como un cuerpo carreteado a la morgue, dejó la estancia a toda prisa al ruego de unas sucintas disculpas. A lo suyo, el portador imploraba la extracción. En la antesala de aquella petición, un miedo recurrente a ser sepultado vivo. Así se aseguraba.

El grupo de afectos a Händel, asimismo, puso en cuestión la elección del *Réquiem en re menor* como tema prominente en la venidera ceremonia de difuntos. No solo requerirían de una orquesta y un coro mixto... Por pecar de excesivo y nada contenido, el maestro había asumido sus razones. La *Lacrimosa* y demás no eran para nada convenientes. Tema zanjado. Sí, el Sarabande. A un romántico de fuste le debería bastar y sobrar por su oscura majestuosidad. Eugène Delacroix intervino. Preguntaría. Le ocupó el rato del parpadeo de un mirón. Ante aquella *Suit para clave en re menor*, la *Misa de Réquiem*. Por la hermandad que le unía al moribundo, no había que discutir al respecto. *Réquiem* y *Réquiem*. Trajo otra aportación: Meyerbeer, con gusto, dirigiría el coro y la orquesta de L'Opéra. Lo indicado por ser el ocupante oficial del podio. Quizás injerencias de la pariente, que no complacerían a Liszt.

Más de una treintena de matasanos se las dieron de médicos al tratar su caso durante el exiguo trecho vivido. El eminente Jean Cruveilhier, lejos de su agrado, cerró la lista. Tras despertar sobresaltado a media noche, ya con la extremaunción, le hizo saber un explícito y extremo: <<No más>>. Duró dos horas escasas. Aquel especialista fue el que cosió, mediante hilos, el apagado órgano latiente tras el examen anatómico oportuno. Seguía la última voluntad del expirado. De aquel miembro había surgido el nada armónico *leitmotiv* de sus definitivos compases vitales. No de los pulmones como algún galeno resabiado habría apostado. Chopin siempre tendía a sorprender.

El humo de la locomotora irrumpió en el vagón de primera clase. Estrenaban la conexión ferroviaria con Viena. Marido, esposa e hijos tosieron. Ludwika Jędrzejewicz abrazaba una maletita de viaje. Aún cavilaba sobre los motivos que ausentaron a George Sand del entierro... Los niños pidieron verlo de nuevo. El corazón de su tío volvía a casa en un frasco bañado en coñac.

LA COMPARSA DE LOS QUE NO LLEGARON

Bárbara Mena Da Costa



Dicen en San Roque del Río que cuando el cielo truena antes del primer tamborazo del Carnaval del Silencio, los muertos piden permiso para bailar. Nadie sabe si es bendición o condena, pero cada año, cuando las nubes se juntan como animales dormidos, el pueblo tiembla entre el miedo y la esperanza.

Yo toco el clarinete en la banda “Los Alacranes de Fuego”. Empezamos siempre en la plaza, frente a la iglesia vieja, donde los niños corren con máscaras de barro y los mayores beben mezcal para que no les duela tanto la memoria. O les duela de otra manera.

Hace tres años que mi hermana Rosa se fue rumbo al norte. Dijo que iba a mandar dinero, que allá una podía trabajar limpiando casas, que volvería para el siguiente carnaval. Desde entonces, ni carta, ni llamada, ni sombra.

Esa tarde, el aire olía a tierra mojada antes de que cayera la primera gota. —Va a abrirse el cielo —dijo el cura, mirando el cerro—. Y cuando caiga el agua, no todos los que bailen estarán vivos.

La lluvia cayó como si alguien la hubiera ordeñado del cielo. Las máscaras empezaron a ablandarse, la pintura a correrse por las mejillas, y los tambores sonaron más hondos, como si vinieran de debajo de la tierra. Yo soplé el clarinete y el sonido me salió distinto, quebrado, como si otra boca soplara junto a la mía.

Entre la multitud, vi una figura con una máscara de mariposa. Bailaba sin tocar el suelo. Su falda giraba como humo, y cada vez que un rayo de luz la rozaba, podía ver su rostro debajo del barro: era Rosa.

La llamé, pero mi voz se me quedó pegada en la garganta. Ella sonrió, y su sonrisa era la misma de cuando hacíamos muñecas de maíz y las lanzábamos al río para ver cuál flotaba más lejos.

—Te dije que volvería para el carnaval —me dijo sin hablar, solo con los labios.

—¿Dónde has estado?

—Donde la memoria se evapora y los cuerpos se disuelven en silencio.

Quise abrazarla, pero al tocarla sentí frío, un frío que dolía, como si me metiera dentro de una tumba abierta. Ella me apartó con dulzura.

Con esa dulzura tan suya.

—No me llores, hermano. Aquí nadie muere del todo.

El pueblo seguía bailando. Algunos, como yo, empezaron a reconocer entre los danzantes a sus desaparecidos: madres, hermanos, amantes, hijos. La gente lloraba y reía al mismo tiempo. Los muertos se confundían con los vivos, y el carnaval se volvió un solo corazón latiendo bajo la lluvia.

De pronto, los tambores cambiaron el ritmo. Era la señal del amanecer. Los cuerpos comenzaron a deshacerse, a volverse vapor, barro, agua. Rosa me miró por última vez.

—Cuando dejes de tocar, olvídate. Solo así me vas a dejar descansar.

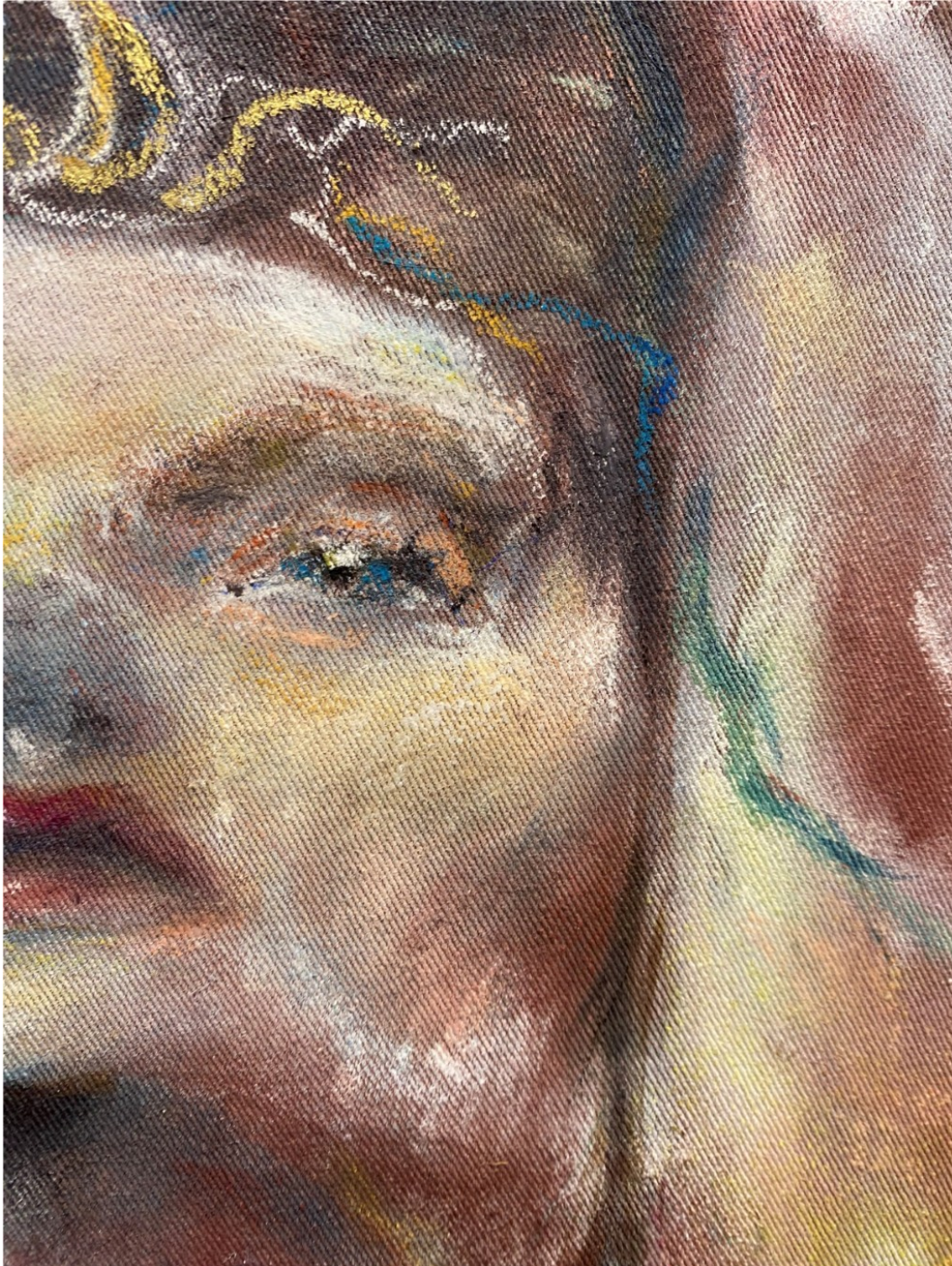
Intenté seguir tocando, pero el clarinete se me llenó de lágrimas. O de lluvia. Cuando el sol salió, el barro seco cubría toda la plaza. No quedaba nadie más que los músicos y las huellas de pies que no podían ser de este mundo.

Desde entonces, cada año, cuando empieza el Carnaval del Silencio, soplo el primer aire en mi clarinete y rezo para que no se abra el cielo. Pero siempre cae el agua. Y entre las sombras que bailan, vuelve a aparecer Rosa, con su máscara de mariposa, girando como un viento que no termina de irse.

Dicen que las mujeres que desaparecen en el norte no mueren, que se convierten en nubes cansadas que regresan a buscar su nombre. Y que cuando el agua cae sobre Oaxaca en carnaval, es porque ellas vuelven, solo un momento, a bailar con sus hermanos.

OLYMPIA

Bárbara Muñumer*



* Narradora y poetisa (Valladolid, España, 1987). Doctora en Humanidades por la UC3M y docente. Su obra explora lo simbólico, el mito y el folclore. Autora de *Átomos de dioses* (Premio Manuel Peyrou, 2024), *Los siete reflejos de Blancanieves* (2025) y *Para comerte mejor* (2026), con *El jardín de las Hespérides* en próxima publicación. Ha sido premiada internacionalmente y colabora en revistas, antologías y proyectos literarios.

Mi padre y yo cenábamos juntos alrededor de una mesa donde había una silla vacía. Era Navidad. Escruté su rostro. Tenía la mirada perdida. Saboreé la sopa de ajo y la escupí: aguada y fría. Jamás cocinó muy bien y el cochinillo que había traído de Segovia se le había quemado. Supongo que mi madre sí preparaba buenas comidas, aunque nunca la conocí.

La cocina era muy grande. En el centro había un hogar. Vivíamos en un pueblo al sur de Valladolid, en una casa en la que nunca daba el sol.

—¿Te preparo una tortilla?

—Da igual. —Y cogí un mantecado de Portillo.

—¿No quieres algo más? ¿Unas rodajas de chorizo con pan? He traído del que te gusta.

—Déjame.

Salí de la cocina y me tropecé en el pasillo con una mano de metal tirada por el suelo: mi padre se pasaba todo el tiempo haciendo máquinas y androides a los que dotaba de vida, mejor dicho, de una ilusión demasiado persistente. Después, PIGMALIÓN S. A., su empresa, los vendía a las grandes corporaciones de inteligencia artificial no solo de España, sino de China o Estados Unidos. Ensamblaba el esqueleto de hierro que les daba forma, los cubría de plástico semejante a carne y músculo y todo ello iba conectado por cables donde la sangre era sustituida por electricidad. Algunos de ellos eran prodigios tan parecidos a los humanos que me daban miedo: había reproducido de manera tan fiel sus facciones que no se sabía si eran máquinas o no, e incluso, les había inyectado líquido rojo que semejaba sangre si se caían o hacían daño. También podían comer alimentos naturales. Los ojos, los ojos era lo que más miedo me daba.

Crucé el salón. Allí estaba el árbol de Navidad, creado por cables luminosos. Lo tiré de una patada y di un portazo cuando entré en mi habitación. Sobre la cama estaba el gato de mi padre. Salió bufando hacia la ventana, pero yo fui más rápida. Lo agarré del rabo y él me arañó en el brazo izquierdo. Una nube gris que se retorció. Enseguida comencé a sangrar, pero no lo solté. Lo agarré fuerte a pesar de sus arañazos, que, en cierto modo me tranquilizaban y agarré las tijeras. Al sentir el paroxismo de su dolor, me convulsioné con carcajadas como cristales rotos.

Cuando terminé, tiré el rabo a la papelera y dejé que la cosa huyera por los barrotes de la ventana. Cojeaba. Me limpié la sangre en el pantalón. Lo último que vi al acostarme fue la sombra de mi padre tras el quicio de la puerta.

Al día siguiente, el árbol de Navidad estaba en su sitio. Había un regalo enorme. Una caja tan grande como yo. Mi padre no estaba en su taller como era costumbre, sino que me esperaba sentado en su sillón verde de orejas.

—Espero que te guste. No quiero que pases tanto tiempo sola.

—Será otro de tus inventos. —Bostecé.

—Tú ábrelo.

Rasgué la caja de cartón. Cuando vi lo que había dentro, me quedé sin habla. Era yo. Exactamente igual que yo: la cara redonda casi perfecta y el pelo

castaño que me caía por la espalda en una trenza. Incluso llevaba mi ropa: mi jersey verde y mis vaqueros. Mi padre se acercó y le insertó una aguja en la sien izquierda. Aquella cosa abrió los ojos: verdes claros, igual que los míos. Después, exhaló un vapor leve por la boca. Olía a metal, como la sangre.

Al salir de la caja, la cosa me abrazó.

—Siempre quise tener una hermana —dijo con mi voz. Yo me aparté.

—También se llama Olympia, como tú. Ahora tengo dos hijas gemelas. No quiero que estéis solas, sino que lo hagáis todo juntas. ¿Vale? Esta noche instalaré la cama nido y compartiréis el cuarto.

Yo me quedé mirando a mi padre. No respondí. Él se marchó a trabajar a su taller. Miré a mi clon a los ojos, horroroso reflejo de los míos. Ella me sonrió, pero yo me encerré en mi habitación. Al cabo de unos minutos sentí cómo giraba el picaporte.

—Déjame en paz.

—¿Por qué? —insistió ella.

Yo salí hacia el campo a la carrera. Corrí durante varios minutos, no sé cuántos. Al final, me senté cerca de un majuelo. Echaba el corazón por la boca. La niebla me rodeaba y las parras afiladas apenas se veían. Grité al sentir una mano sobre mi hombro. Me di la vuelta y me quedé tirada en el suelo. Las piedras se me clavaban en la espalda. Era ella. Me había seguido.

—¿Qué te pasa? —preguntó. Su frente estaba perlada de sudor. Igual que la mía.

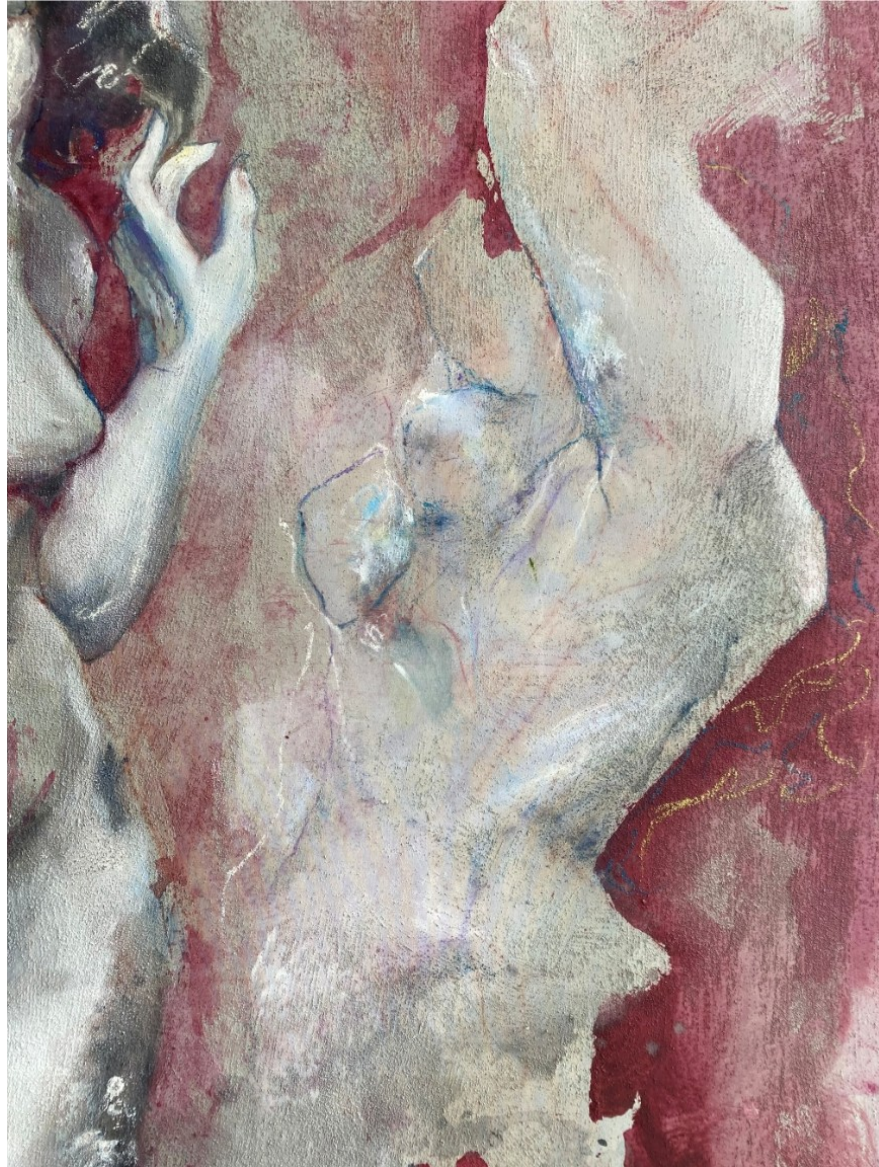
Me levanté con los ojos llenos de lágrimas. Desgarré una rama de la parra y comencé a golpearla hasta que se le saltaron los ojos. La tiré al suelo y le destrocé el rostro. Ese rostro que era solo mío. Tanto llegué a varearla que me hice daño en la muñeca derecha con una rama tan puntiaguda como una navaja. Se me rasgó la piel y comencé a sangrar de manera profusa. Por culpa de esa estúpida ahora yo estaba herida. Le di una patada a su cabeza destrozada y me apreté con fuerza el corte, pero noté cómo se me movían las venas. Miré si la herida era mayor de lo que pensaba y observé, tras los jirones de sangre y carne que mis venas eran cables. Eran cables. Cables de cobre. Cobre. Cobre y electricidad.

Sentí náuseas. Lo siguiente que recuerdo es que mi padre estaba en el taller con otra de sus prodigiosas creaciones. Yo levanté la mano derecha y le mostré los cables sueltos. Reí. Reí con aullidos. A mi padre se le cayó el destornillador al suelo. Lo recogí y se lo clavé: se lo clavé en los ojos, se lo clavé en la boca, en la lengua, y mil veces más en su corazón.

Sí, su sangre era de verdad.

UN ÁNGEL PEQUEÑO

Adriana Araujo Torres*



Angelina limpia con vistas al Duque Plaza y a La Fortaleza. Hace poco tiempo que llegó a la ciudad y echa de menos su selva, pero cada vez que abre las cortinas eléctricas del ventanal desde el que se ve el mar, casi se le llega a olvidar que de verdad se fue de su casa, que ahora está sola, en este apartamento en la planta número dieciséis desde el que, no importa donde se pare, se siente en el aire, flotando, y también mucho más lejos de su familia que cuando está a ras de tierra.

* **Adriana Araujo Torres** (Maracaibo, 1985) da talleres de lectura con perspectiva feminista, llevó una suscripción literaria a domicilio llamada Prosa Ojerosa y escribe, desde 2019, cartas por e-mail bajo el mismo nombre. Creó, también, un fanzine a raíz de coser una manta con la ropa de su mamá que ya no vive. Escribe por amor al arte, literalmente, y sin ningún reconocimiento literario hasta la fecha.

Cuando se acerca al ventanal siempre saluda a la bandera de la punta de La Fortaleza, por si acaso el Gobernador estuviera mirando en esa dirección. No es ilusa, ella sabe que, en tal caso, el que está mirando es el guachimán con unos binóculos y que sería mucha casualidad que justo mirara a esta ventana en este preciso momento, pero que no sea por no intentarlo.

Ya cerquita del vidrio, tan cerca como para sentir el calor de fuera, Angelina hace pinza con los dedos para ver si pudiera agrandar el edificio del Plaza y así poder leer las letras que en vertical forman la palabra Duque, sin embargo, ahí mismo se da cuenta que esto no es una pantalla. El hotel parece mucho más cerca de lo que en verdad está. De hecho, le han dicho que para ir hasta allá hay que tomar dos autobuses porque ni siquiera es la misma isla. Está en dirección Cangrejo Arriba, pasando por el aeropuerto. Eso se lo dijo Andreita que tiene la suerte de librar una vez cada dos semanas. Así que algún domingo ya ha ido a la playita del Puerto ¡y hasta a Guachico! Qué diabla esa nena.

Estas ventanas son bien difíciles de mantener limpias, tal y como se lo ha pedido la señora, pero se alegra al menos de no tener que colgarse del techo como los muchachos a los que les toca limpiarlas desde fuera. Aun así, no les tiene ninguna lástima porque cada vez que vienen no se cansan de hacerle señas para que cuando los voltee a ver, bum, los vea lamiéndose entre los dedos como haciendo entender que le quieren comer la chocha.

Un día como hoy, cuando no están ni la señora ni los muchachos esos, Angelina puede practicar a darse una buena grajea justo antes de ponerse a limpiar el cristal a fondo. Piensa en si el guachimán la estará viendo, entonces, le pone más empeño a la lengua y aprieta más la nariz y los pechos contra el vidrio. Como gesto culminante de pasión, al lado del estropicio, empaña el vidrio con su aliento y pinta el típico corazón que se ve en las propagandas y que dura un segundito, pero bah, que no sea por no intentarlo.

Andreita también le dijo que para quedarse a dormir una noche en el Plaza hay que soltar ¡250 chavos!, qué casualidad, lo mismo que le pagan por estar de interna todos los días del mes. A ella le da miedo preguntarle a la señora cuándo le toca día libre porque se ve que aquel día cuando le pidió recomendación a su tía Carmina y si por casualidad sabía de una muchacha que fuera de confianza y le supiera limpiar la casa, la Carmina le advirtió que ella mucha experiencia no tenía, pero de todas formas la señora aceptó nada más al conocer su nombre por aquello de que Angelina fuera, pues eso, un ángel pequeño.

¡Diache! a la señora le daría un patatú si supiera las ganas que tiene de que el Gobernador le coma la chocha en La Fortaleza, o el guachimán con los binóculos colgando del cuello, o el mismo limpiacristales, si la apuras mucho.

Ya en su pieza, con el resto de los cuartos relucientes, antes de quedarse dormida y chupando wifi quién sabe de dónde, se pone a revisar su teléfono por si acaso en el Duque Plaza estuvieran buscando muchacha. Aprovecha de hacer zoom lo máximo posible en las fotos que hay del hotel en internet porque ¿quién quita?, a lo mejor si cobran tanto la noche es porque pagan bien, y hasta le den el día libre.

UN TIPO TAN TRANQUILO MUY QUE SE OLVIDÓ

Álvaro Bruno Cantarero*



I. Un tipo tan tranquilo muy que se olvidó (parte primera). Érase una vez un tipo tranquilo, muy tan tranquilo... era tan tranquilo muy que sólo se marcaba metas a largo plazo. Las metas a corto plazo no existían para él. Era tan tranquilo muy tan tranquilo, y estaba tan solo tan, que el tiempo transcurría lentamente, el sol tardaba en salir y el día era largo tan. Era tan largo y lento su tiempo que ni siquiera parecía envejecer. Pasaron las estaciones, pasaron los años, pasaron las oportunidades de los rebaños, y con la experiencia aprendió a desarrollar una filosofía de vida para justificarse en su parsimonia y en su aletargada manera de ver los problemas. Mejor justificarse que admitir ser un inepto.

II. Un tipo tan tranquilo muy que se olvidó (parte segunda). Siempre llegaba tarde a los lugares importantes de su importante vida. Se mofaba, jo, jo, jo, de ello. Le encantaba muy. Siempre era el último en los grupos de trabajo durante sus años de estudiante, era el último de sus siete hermanos porque siempre tenía a seis delante; además, fumaba y fumaba como un enganchado entero o como un triste bandolero. Como si no fuera una persona sino un objeto que

* **Álvaro Bruno Cantarero** (Sevilla 1977). Antes de docente he sido repartidor de periódicos, maquinista de cine, aprendiz de platero, peón de albañil, camarero, asistente de habitaciones en un hotel fabuloso, y sobre todo cuentista. Actualmente profesor de Lengua y Literatura en la ciudad de Ceuta, la Perla del Mediterráneo.

echa humo. Este enfrentamiento tan tranquilo tan ante las acciones del mundo mundo no le aportaban casi nada, así que pensó que quería ser escritor, con máquina de escribir y todo. El oficio requiere tranquilidad y soledad muy. Y él era muy muy.

Y él mismo se repetía tanto: " Cuando sea escritor con máquina voy a inventarme un mundo en el que yo sea el mejor, y después voy a inventarme un mundo donde ocurra lo que yo quiera tanto que ocurra tanto. Y cuando termine esos dos mundos míos, voy a inventarme otro mundo mío más donde pueda atacar a otros que no me gusten y ese será mi mucho mejor mundo. Y así yo seré como un Dios. Y me dejaré crecer la barba con pelo de cabra. Y rasgaré mis ropas. Y lo que suceda en el mundo real no me importará tanto, porque ese mundo es demasiado rápido para mí. Y no quiero ser siempre el último de los últimos."

Hasta que un día, consiguió ser escritor con máquina de escribir y cigarrillo cancerígeno pegado al dedo.

III. El tipo tan tranquilo muy que se olvidó (parte tercera). El tipo tranquilo inventó tres mundos mundiales, con sus geografías, con sus fallas tectónicas, con sus océanos, y con sus mares y con sus ríos; y luego les incluyó cuatro o cinco razas de humanos diferentes, todos de colores bonitos y alegres, y otros de colores feos y horribles; tenían sus veinte o treinta culturas principales diferentes. Incorporó después un par de guerras mundiales y un sin fin de guerras entre hermanos, en las que la sangre corría con mayor dolor. Diseñó una forma de tortura para los países sádicos, y unos organismos en beneficio de la paz para salir muy del paso. Inventó un país tan rico tan que poseía un aparato pacificador; consistía en premiar a otros países, siempre que esos países premiados acataran sus normas. Luego inventó otros países más pobres para que hubiera países que desearan premios y acataran las normas de los más ricos. Inventó después un material precioso y escaso, y lo incluyó en los países pobres para que éstos se hicieran ricos. Equilibró la balanza en su panza. Juegueteó insistentemente con el mundo cuanto quiso y, cuando quiso, creó ciudades. A algunas de ellas las bautizó amén con bonitos nombres y a otras con nombres impronunciables, extraños y en densos lenguajes. Pero luego pensó que necesitaba que su mundo no fuera un mundo inundado por la ansiedad y las prisas, así que suprimió de su mundo todos aquellos adelantos tecnológicos frutos de la prisa, como los vehículos a motor, los teléfonos, la electricidad, los relojes... Era el mundo perfecto mundo para un tipo tranquilo muy. Y como cuando lo hizo no se quedó tranquilo, suprimió a los profetas y a las profecías del fin del mundo, porque no hacían ningún trabajo productivo, ni divertían lo suficiente. Se quedó con los políticos honrados y les asignó esposas andaluzas, morenas, delgadas y atractivas para el populacho.

IV. El tipo tan tranquilo muy que se olvidó. (Parte cuarta y última). No con mucha gente quiso visitar su mundo. No con mucha gente viajaba hasta allí. No hay aerolíneas. Lejos muy lejos muy parece estar. Así que casi siempre casi iba solo solo. Tras confeccionar tres mundos enteros descansó. Hizo una labor de concentración para analizar su obra y estando solo solo, dióse cuenta pues cuenta, de que algo muy importante muy había olvidado. Fin.

UNA BUFANDA DE LA QUE YA NO RECORDABA EL COLOR

Antonio Luis Vicente Canela[✶]

La habían encerrado en aquel sitio —del que nunca supo el nombre—, hacía ya varios años, seguramente muchos, o, al menos, eso le parecía a ella. Aunque, la verdad, es que Josefa ya solo sabía contar el tiempo por días, y para ella solo había dos clases de días: los nublados y fríos, o los soleados.

Tampoco sabía muy bien por qué estaba allí. Al principio, cuando llegó, se lo preguntaba a las personas que entraban y salían varias veces al día de la habitación, pero todas le daban largas, o le contestaban con tonterías. Así que, con el tiempo, Josefa se cansó y dejó de preguntar.

Los días que salía el sol y a través de la pequeña ventana iluminaba el cuarto en el que Josefa vivía, le venían a la cabeza recuerdos agradables: viajes en coche hasta el mar, juegos en la arena de la playa, y baños rodeada de gente que se salpicaba con el agua entre risas. Los días grises, en cambio, los recuerdos eran más confusos, y se amalgamaban mezclando voces, empujones, cuchillos y sangre; y luego la pared gris de una escalera, por la que ella bajaba a trompicones, que terminaba en un lugar oscuro, muy oscuro. Y ahí, el recuerdo se interrumpía de golpe, se quebraba y se hacía añicos, como los platos de la vajilla de frutas y flores que ella recordaba colocada en el aparador del comedor de su casa, y que se le fueron rompiendo, poco a poco, con el paso de los años.

Ahora era invierno, y por eso la mayoría de los días eran grises. Así que, Josefa, procuraba que su mente permaneciera en blanco y se quedaba de pie, frente a la pequeña ventana sin cortinas, y pasaba las horas mirando la cencejada que se había adherido durante la noche a los árboles que había al otro lado del prado, como si fueran agujas blancas que brotasen de las ramas. Si tenía suerte, veía volar a los cuervos que anidaban en la cornisa del edificio. Planeaban, casi sin mover las alas, describiendo círculos grandes hasta que se posaban sobre el tejado de la pequeña caseta de piedra que había al final del camino, donde estaba la puerta metálica que se abría sola siempre que entraba o salía algún coche.

Todos los días, Josefa veía a un hombre que salía de aquella caseta de piedra, se sentaba en un banco de madera que había en el porche y se calzaba unas botas de goma de color negro para que no se le mojaran los pies con la orvallada. Después, se ponía un gorro de lana de color rojo y una bufanda de la que ella no recordaba el color. Cuando cruzaba el prado, aquel hombre, dejaba sobre la hierba helada un rastro que le devolvía el color verde. Ella se quedaba contemplándolo hasta que se internaba entre los árboles, y luego veía como, poco a poco, su rastro sobre la hierba también iba borrándose hasta desaparecer del todo.

Un día —que también era nublado y frío—, el hombre se detuvo en medio del prado sin un motivo aparente, se giró y miró hacia la ventana donde estaba Josefa. Ella levantó la mano y lo saludó, pero él no le devolvió el saludo. Se

[✶] Solo el necio asiente convencido, vomitando su aserto y tras rumiarlo, se lo vuelve a tragar mientras eructa: pregonero falaz del torpe bando.

limitó a seguir su camino, acabó de cruzar el prado y entró en el bosque. Josefa sintió, primero, mucho dolor, y luego mucho odio; y deseó que aquel hombre no regresara del bosque, que se le hiciera de noche y el rastro de la hierba ya hubiera desaparecido y no supiera por dónde tenía que cruzar el prado para volver a su caseta de piedra. Josefa estaba segura de que, por la noche, la temperatura era tan fría, que no sería capaz de sobrevivir.

Josefa estuvo varios días sin ver al hombre cruzar por el prado. Hasta que una mañana sintió doblar la campana de la pequeña ermita que había al final del edificio en el que ella vivía. Se acercó a la ventana y, con la manga de la bata, limpió un poco el empañado cristal. Un grupo de personas iba por el camino detrás de un coche fúnebre. Cuando llegaron a la caseta de piedra que había al lado de la puerta que se abría sola, Josefa aguzó la vista, y vio que sobre el banco de madera que estaba en el porche, estaban colocadas las botas de goma de color negro, el gorro rojo, y la bufanda... de la que ella no recordaba el color.



VALDEMORO, 1799

José Pardal[^]



La tierra empezó a oler antes de que nadie hablara.

Francisco de Goya lo percibió al descender del carruaje en el Camino Real que conducía hacia Aranjuez. El aire estaba quieto, pero había algo en él que no pertenecía al invierno ni al campo. No era olor a trigo ni a ganado. Era un olor bajo, húmedo, como si algo se estuviera corrompiendo bajo la superficie de la tierra.

Se detuvo un instante antes de avanzar hacia la plaza. Desde la enfermedad, el mundo le llegaba sin sonido. Las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción vibraban en lo alto, pero para él no eran más que un temblor leve en el aire. Los labios se movían, los cascos golpeaban la piedra, los niños corrían abriendo la boca en carcajadas que no alcanzaba a oír. Todo ocurría detrás de un vidrio invisible.

La sordera no le había reducido el mundo; se lo había concentrado en los ojos.

Y en Valdemoro había demasiado que mirar.

Soldados atravesaban el pueblo rumbo a los Reales Sitios con uniformes polvorientos y rostros fatigados. No parecían victoriosos ni orgullosos; parecían expectantes. El alcalde mantenía una sonrisa fija que no alcanzaba a los ojos. El

[^] Escritor y compositor español de proyección internacional, que firma como **José Pardal**. Políglota, su obra abarca del cuento infantil a la narrativa de género —terror, erótica y western—, así como novela y autoayuda. Ha sido publicado en diversas antologías y desarrolla también proyectos de podcast literario.

cura bendecía con gesto amplio, pero su mirada recorría la plaza como si contara sospechosos.

Los campesinos trabajaban la tierra con una obstinación que no era esperanza, sino necesidad y olvido.

Nadie pronunciaba la palabra Francia.
Pero todos la llevaban en los labios.

Las cosechas habían fallado por segundo año. Los impuestos, no. El rumor del grano escondido comenzó a circular con la misma rapidez que el miedo. Una mañana registraron una casa al borde del pueblo. Sacaron a un anciano a la plaza, frente al muro de la iglesia. Lo empujaron sin violencia excesiva, con una firmeza casi administrativa.

El hombre no gritó.
No suplicó.
Miró el suelo.

Goya observó esa mirada más tiempo del que parecía decoroso. No era sumisión. Era algo más antiguo: la certeza de que la tierra ya no protege a quien la trabaja.

Esa noche la dibujó.
Después vinieron otras.

Un joven con los nudillos heridos y la mandíbula apretada. Con la cabeza llena de pensamientos.

Una mujer que sostenía un pañuelo contra el pecho, como si llevara el peso de Valdemoro encima.

Un guardia incapaz de sostener los ojos de sus vecinos.

En cada figura apareció algo que no estaba delante de él.

Una sombra adherida a la espalda.
Una forma imprecisa, creciente, como humedad en un muro.

Goya no la inventaba. La veía.

El joven fue detenido días después. No por violencia concreta, sino por hablar demasiado alto al anochecer. Lo encerraron en un cobertizo cercano al ayuntamiento. No hubo juicio. Solo espera.

Cuando el pintor pidió verlo, algunos lo miraron con desconfianza. La fama de la corte no protegía en un pueblo que empezaba a desconfiar de todo.

En la penumbra, el muchacho levantó la cabeza. Tenía el labio partido, pero la mirada intacta. Movié los labios con lentitud para que el pintor pudiera leerlos. La pregunta era sencilla: si aquello serviría de algo.

Goya no respondió.

Sacó el cuaderno.

No dibujó las paredes.

No dibujó la sangre seca.

Dibujó la sombra.

La hizo más alta que el muchacho, más ancha que el espacio que lo contenía. Una presencia sin rostro que parecía inclinarse sobre él.

Cuando salió de allí, la plaza estaba extrañamente tranquila. Algunas ventanas se cerraron al verlo pasar. Otras quedaron entornadas. El silencio tenía densidad.

Días después liberaron al joven con la condición de marcharse hacia Madrid y servir donde se le ordenara. La plaza respiró, pero no con alivio; respiró como quien aplaza una fiebre.

El cura habló de obediencia desde el púlpito. El alcalde habló de estabilidad. Los soldados continuaron cruzando hacia Aranjuez levantando polvo. El pueblo volvió a su rutina, pero ya no era la misma.

La tierra seguía oliendo.

Goya caminaba al anochecer por los campos abiertos de la Sagra, donde el horizonte es tan ancho que resulta inquietante. Allí, lejos de la plaza, comprendió algo que todavía no sabía pintar del todo: el horror no irrumpe; fermenta.

No comienza con disparos.

Comienza con sospechas.

Con miradas que se esquivan.

Con manos que aprietan demasiado fuerte un trozo de pan.

Una madrugada se sentó sobre una piedra, frente a la llanura. En la distancia se formaba una tormenta. Sobre Valdemoro el cielo permanecía despejado, casi sereno. Pero más allá, hacia el norte, una franja oscura avanzaba lentamente, compacta.

Observó cómo el viento inclinaba las espigas secas. No podía oír el murmullo, pero veía el movimiento uniforme, como si la tierra respirara con dificultad.

Pensó en el anciano.

En el joven desterrado.

En la sombra que crecía en cada rostro.

No necesitaba oír el trueno para saber que llegaría.

Años después, cuando grabara cuerpos amontonados, cuando pintara hombres iluminados por fusiles en la noche y figuras devorándose entre sí, recordaría aquel olor primero.

No el del humo.

No el de la sangre.

El olor previo.

La guerra aún no había comenzado.

Pero en Valdemoro, bajo la tierra, ya estaba viva.

AVENTURAS DE UNA PATATA

Elena Piles*



* **Elena Piles** (Valencia, 1987) ha participado como autora en el libro *El corazón de Akasha*, de Vicente Merlo, y prepara la publicación de su primer poemario, *Artesanía del Alma*, con Valparaíso Ediciones. Su escritura brota de una reflexión ética sostenida en el tiempo y de la certeza íntima de que la palabra puede abrir umbrales invisibles, tender puentes entre conciencias y dar forma a lo indecible que nos habita.

Desde que intuí mi forma bajo la tierra, supe —sin poder nombrarlo— que no estaba destinada a permanecer allí. No era una certeza, sino una inclinación mínima, casi imperceptible, como una fisura en la continuidad de lo estable.

Mi madre, la planta, me hablaba con una calma antigua: —Tienes la piel suave y redonda. Algo te espera fuera.

Yo no comprendía qué podía significar ese “fuera”. Bajo tierra no existía la idea de destino. Solo una duración continua, sin interrupciones, sin relato. Una vida sin tensión aparente, pero cargada de una extraña inmovilidad.

Hasta que la tierra cambió.

Primero fue un temblor leve, como si algo hubiera comenzado a desajustarse en el orden profundo. Después, un ruido metálico abrió el suelo con una precisión indiferente. Eran ellos: presencias enormes, ajenas, acompañadas de una máquina que no distinguía entre vida y materia.

El suelo dejó de sostenernos. Nos agrupamos instintivamente, como si la cercanía pudiera protegernos de lo inevitable. Pero no había refugio posible. Una a una, las demás fueron extraídas del subsuelo y desaparecieron sin resto.

Cuando la máquina me alcanzó, sentí la pérdida de la tierra como una forma de caída. Después, el aire. Una exposición brusca a algo que no había sido previsto.

Fui depositada en un saco oscuro. Allí, otras voces apenas contenían el miedo.

—No es el final —dijo una de ellas, envejecida—. Solo un desplazamiento.

El viaje fue irregular, sin referencias. Golpes, oscilaciones, una temporalidad suspendida. Cada movimiento parecía deshacer un vínculo con lo anterior.

Cuando el saco se abrió, la luz apareció sin transición.

El mercado era un espacio de tránsito y evaluación. Manos que observaban, que pesaban, que seleccionaban. No había nombres, solo criterios.

—Esta sirve —dijo alguien. La palabra no era elogio ni condena. Era una forma de destino.

Después vino el traslado. Una cocina. El silencio de los objetos dispuestos. El brillo del filo. La espera.

Desde ese lugar comprendí, sin formularlo, que la existencia no siempre se dirige hacia la permanencia, sino hacia la transformación de aquello que uno ha sido.

No hubo resistencia. Tampoco consuelo.

Solo una forma de aceptación sin épica. Porque si una patata ha de atravesar el mundo, quizá su modo más exacto de estar en él sea convertirse, finalmente, en una forma de alimento.

BESOS PROBLEMÁTICOS

César Aponte¹



Como las dos chicas que destrozamos todo —incluidas nuestras caras— éramos de Latinoamérica y solo teníamos monedas que valían muy poco en Europa, llegamos a un acuerdo con la dueña del bar. Bastaba con que limpiáramos todo ese día y que trabajáramos como meseras sin sueldo durante un mes para que ella condonara los destrozos causados por nuestra pelea.

Inicialmente, Canclini —a quien le rompí la nariz— y yo, con un ojo morado, dudamos del acuerdo con la dueña. Aunque sabíamos que nuestra alternativa era ser expulsadas de la Universidad de Salamanca, que presentaran cargos en nuestra contra y, eventualmente, volver a nuestros países sin ningún título obtenido en el extranjero, obligadas a dar explicaciones a cada familiar por separado —y en Navidad, a toda la parentela reunida—, hasta que Dios nos llamara a su gloria.

La dueña incluso tuvo la amabilidad de servirnos café y dejarnos a solas para deliberar. Cuando miré la nariz de Canclini —ya de por sí grande, y ahora inflamada, todavía peor—, pensé en que nada en este hermoso domingo había presagiado que acabaría peleándome con una paisana por un motivo tan peregrino.

Reñir en un bar era, antes de hoy, una posibilidad increíblemente remota. Probablemente, en ningún otro lugar, nunca, volvería a dar un puñetazo a nadie. Eso, si Canclini no abre la puta boca, pensé, pero fue una ocurrencia completamente desacoplada de mi voluntad. Ya no estaba de acuerdo, a un nivel racional, en volver a pegarnos. Canclini no me miraba. Recordé los versos de Ida Vitale: “Los rostros, sobre todo: repasar, pesar bien lo que callan”, e imaginé a la poeta repartiendo patadas en una parrillada en Montevideo o en una taquería de Ciudad de México, a su edad actual de 101 años, blandiendo con violencia el bastón.

Cuando Canclini finalmente me miró, reconocí en sus ojos el mismo sentimiento de extrañeza y pesar que me embargaba. Había quizás en su mirada un deseo de reconciliación, de arreglarlo todo, de iniciar una amistad entrañable que durara para siempre. Pero entonces ella dijo: “Yo gané la pelea”.

¹ César Aponte nació en Asunción en 1988. Ejerció de médico en Madrid. Actualmente trabaja como data scientist. Sueña con ser poeta y vago.

Reconozco que no valoré nuestra riña en términos de ganar o perder, pero esperaba una disculpa por parte de Canclini, y no esa afirmación buscableitos que me llevó a repasar, golpe a golpe, verso a verso, cada una de las trompadas.

Cuando Canclini entró al bar, no es que no tuviera dónde sentarse, pero me vio en la barra y ocupó la butaca de al lado. Iniciamos una conversación como personas civilizadas, porque, aunque terminamos como hooligans, insisto en que al principio primaron la educación y los buenos modales. Canclini contó que me había visto en la universidad; yo le respondí que también la había visto caminar por los pasillos. Ambas cursábamos distintos másteres en literatura. Canclini era de Chile, yo de Paraguay; su comida típica favorita era el poroto con riendas, la mía era el vorí vorí. Estuvimos fervientemente de acuerdo en que ella debería visitar Asunción y en que yo tenía que conocer Santiago de Chile. Con Canclini, sentía calor no solo en el corazón, sino, más importante, en mis pequeños y friolentos pies. Ese calor era algo que extrañaba mucho: conocer gente nueva, la ternura que nos salva.

Pero Canclini medía metro y medio, y yo también. Teníamos mini hígados. Así que todo el alcohol que consumimos, como excusa para permanecer juntas en el bar, finalmente nos intoxicó, o nos poseyó. Ya en caída libre, pasamos de los temas más amables a aquellos que dividen a la humanidad en dos. Canclini resultó ser una iconoclasta: ni Sor Juana Inés de la Cruz ni Lady Gaga se salvaban de su martillo. Yo estaba un poco asustada, pero consideré que, quizás, las nuevas amistades requerían sus propias concesiones. Intenté redirigir la conversación hacia zonas seguras y le pregunté qué autoras contemporáneas le gustaban más. Canclini me contestó que hacía más de un año solo leía a escritoras latinoamericanas. Su respuesta me dio paz, me sosegó, y pude volver a saborear mi quinto o sexto vermut de grifo... que escupí entero cuando Canclini agregó: “Pero las escritoras latinoamericanas son toda una cagada”.

Me percaté de que mi suspiro fue, en realidad, un bufido. Le aseguré, desafiante, que no había leído a las autoras correctas, pero, mirándome por encima del hombro, me enumeró nombres y novelas que eran de las más importantes para mí. Yo ya apretaba los puños, fruncía el ceño y, apelando a sus raíces, a su maldita cordillera de los Andes, le pregunté por Gabriela Mistral. “Esa es la peor de todas”, contestó, mirándome sin pestañear.

Le tiré de la coleta y cayó al suelo. Me encorvé sobre ella, amenazante, y le grité que repitiera lo que acababa de decir si era tan valiente. “Voy a escupir sobre la tumba de Gabriela Mistral”, respondió. Ahí fue cuando le di a Canclini la primera de las patadas en las costillas que iba a recibir. Le ordené que recitara el poema Besos, la línea que dice: “Hay besos que se dan con la mirada, hay besos que se dan con la memoria”. Pero Canclini, en cambio, recitó: “Hay besos que se dan con la mierda”. Le propiné unas cuantas patadas más, luego la levanté con mis brazos y la lancé contra una de las mesas ocupadas. Nadie se interpuso entre mi furia y Canclini; todos intentaron salvar sus cervezas y se acomodaron para vernos. Yo hubiera hecho lo mismo, la verdad. Canclini yacía sobre la mesa. La obligué a repetir: “Hay besos por prohibidos, verdaderos”, pero, con una voz gangosa —supongo que por la sangre en la nariz—, dijo: “Hay besos que dan mononucleosis”. Di unos pasos hacia ella, pensando en lanzarla a través del cristal de la ventana, pero, antes de llegar, me senté en el suelo, súbitamente agotada, y me puse a llorar como si mis ojos fueran las mismísimas cataratas del Iguazú.

Alguien del público preguntó cómo seguía el poema. Otra persona, desde el fondo del bar, respondió: “¡Hay besos problemáticos!”.

BORRADORES

Joaquín Correa*



Caminó por la alameda procurando no llamar la atención. Oculto tras un árbol, se volvió para atisbar entre las sombras de la noche las ventanas de su apartamento, esperando quizás ver las luces encendidas (aunque él las había apagado antes de salir de casa) y siluetas furtivas y fugaces recortándose contra las ventanas. No observó nada y eso lo tranquilizó, permitiéndose por primera vez en días el gusto de sentarse en una terraza para paladear con parsimonia una cerveza bien fría.

Era difícil dejarlos tranquilos en casa, siempre insistían en acompañarle y eso no era aún posible, no hasta que estuviesen acabados.

El señor de la gabardina, ese que tomaba café en una mesa esquinada de la cafetería de la estación y que escondía continuamente su rostro tras las páginas de un periódico, nunca le decía nada, pero lo miraba de una forma torva e inhóspita que siempre lo incomodaba. Pero no se atrevía a sacarlo de esa mesa, esperando impaciente ese tren que nunca llegaba porque él no terminaba de decidir la definitiva identidad de la persona a la que sin duda estaba aguardando. No lo tenía claro: es posible que fuese un agente secreto y el suyo

* **Joaquín Correa**, onubense, fue rescatado por la literatura con más de cincuenta años tras más de veinticinco sin escribir una sola línea. Desde entonces perpetra diversos géneros (novela, relato, etc) con alevosía pero sin premeditación porque para él escribir se ha convertido en algo absolutamente necesario. Ha conseguido más de ochenta reconocimientos literarios y su última obra publicada es "Nota de suicidio: Manual de instrucciones".

un relato de espías. Nunca había escrito uno, pero quizás fuese la única manera de hacer que el señor de la gabardina abandonase esa esquina de su salón.

El duende, gnomo o elfo (o lo que fuese, aún no lo tenía claro, lo suyo nunca había sido la fantasía épica) era difícil de mantener quieto. Unas veces saltaba de estantería a estantería y otras se atrincheraba en la despensa arrojándole todo tipo de objetos cuando trataba de sacarlo de allí a las bravas porque no sabía crearle una *tierra media* creíble en la que se sintiese a gusto... No, definitivamente no, lo suyo no eran los relatos de fantasía.

Pero el peor de todos era sin duda la chica suicida, siempre con ojos llorosos y un gesto mezcla de angustia por su equívoca situación y de impotencia por la muerte que él no había sido capaz de escribirle con un mínimo de veracidad, y que lo seguía por toda la casa, implorándole muda que definiese mejor sus aristas y le confiriese una personalidad más fuerte y definida. A veces, cuando no podía soportar por más tiempo su perpetuo gimoteo, la visión de las cuencas violáceas de sus ojos, se sentaba un momento frente a la pantalla de su portátil y la hacía culminar su propósito. Pero luego, casi al instante, se arrepentía, sintiéndose muy mal por lo que había hecho, y mandaba lo escrito a la papelera de reciclaje, comenzando a bosquejar los rasgos poco definidos de un novio salvador que viniese a sacarla a ella de su depresiva confusión y, de paso, le diese a él la tranquilidad que necesitaba para ir cerrando las historias inconclusas que se le acumulaban, amenazando con desbordarle.

Esa noche tenía invitados a comer y no podía mostrar la casa en ese estado, con el señor de la gabardina ocupando la mitad del salón (que había inspirado por cierto la esquina de la cafetería), con el gnomo o duende (o lo que fuese) saltando de mueble en mueble e incomodando con su ruidosa e incomprendible jerga (¿élfico quizás?) a los vecinos del inmueble, con la chica suicida desvaneciéndose por las esquinas porque él no había sido aún capaz de escribirle un novio plausible que viniese a rescatarla de sus tendencias auto homicidas...

No, no podía mostrar tal desastre a sus invitados. No quedaba otro remedio. Les había tomado cariño, es cierto, pero no eran sino personajes incompletos para los que no terminaba de escribir su verdadero lugar y sitio.

Se sentó ante la pantalla del ordenador y, seleccionando la carpeta "borradores", la eliminó sin remordimientos.

Se levantó y suspiró satisfecho ante el repentino silencio. Además, los imperfectos personajes de sus inacabados relatos aún no habían muerto del todo, siempre podría recuperarlos eligiendo, en la papelera de reciclaje, el comando "restaurar".

CINCUENTA METROS

Miguel García Corral*



Tengo seis años y estoy en la arena del parque esperando que vuelva.

El columpio todavía se mueve, cada vez más despacio. Él está a cincuenta metros, de espaldas, con el móvil pegado a la oreja. El mundo entre nosotros es un rectángulo de arena que a esa edad me parece infinito. Me bajo sola. Me siento. Lo espero.

Todavía lo estoy esperando.

Me llamo Diana y tengo diecisiete años y una colección de silencios que llegan desde el otro lado del Atlántico. Mi padre eligió ser un fantasma. Un fantasma con pasaporte, con barbacoas los domingos, con un paisaje verde al fondo de las fotos que mi tía me enseñó por error hace dos inviernos. En ninguna de esas fotos aparezco yo.

* Miguel García Corral es economista, psicólogo y formador. Tiene desde 2009 un consultorio radiofónico en RadioVoz, dedicado a la economía y a nuestra relación con el dinero. Su escritura pretende acercarse a las fortalezas y fragilidades de la condición humana.

Lo busco en otras partes. En los hombres que llevan a sus hijas sobre los hombros por la calle. En el padre de Lucía, que le enseña a aparcar el coche en un parking subterráneo con una paciencia que parece mentira. En películas donde los padres llegan tarde al aeropuerto pero llegan. Los miro con esa curiosidad que no sé cómo llamar, que no es envidia exactamente pero se le parece por las noches.

Lo que busco no es a él. Es la respuesta a por qué no fui suficiente para que se quedara.

Recuerdo una noche de martes en el piso de la calle Nicasio Fraile. Diez años, células de colores en un folio, tortilla que nadie terminó. Mi padre tenía el móvil sobre la mesa, brillando con mensajes de números que yo no reconocía.

—¿Me ayudas con el dibujo de ciencias?

No levantó la vista.

—Díselo a tu madre. Tengo papeles del consulado.

Su cuerpo ocupaba una silla en nuestra cocina. Eso era todo. Su mente ya sobrevolaba el océano buscando una salida de emergencia que no nos incluyera. Meses después se fue con una maleta y una promesa de llamarme por Skype todos los domingos. Al principio lo hizo. Luego las llamadas se espaciaron como se espacian las cosas que cuestan demasiado mantener. Después dejó de llamar. Después dejó de contestar. Después simplemente dejó.

Mi madre recogió los pedazos. Los ordenó, los pegó, construyó algo nuevo con ellos. Es mi roca, mi faro, las dos cosas a la vez, y hay noches en que pienso que ella sola vale por todo lo que falta. Pero lo que falta sigue faltando. Eso no lo arregla nadie. Hoy llueve sobre el Pinar. Una lluvia fina de febrero que no termina de mojar. Estoy frente al ordenador y tengo el cursor parpadeando en una pantalla en blanco, y pienso en los cincuenta metros del parque, en cómo perdió el columpio el impulso, en cómo me bajé sin hacer ruido porque ya sabía, con seis años ya sabía, que hacer ruido no iba a traerlo de vuelta.

Durante once años esperé en esa arena. Esperé que llamara. Que preguntara. Que necesitara saber en qué me estaba convirtiendo.

Lo que aprendí esperando es que hay personas que te eligen y personas que te dejan elegir sin ellas. Mi padre pertenece al segundo grupo. Eso ya no me define. Me costó entenderlo, y algunos días todavía cuesta, pero ya no organizo mi vida alrededor de un hueco.

Camino. Tropiezo. Avanzo. Sin columpio y sin muro y con los pies en la tierra de este barrio que es mío, que siempre fue mío, mientras él buscaba otro hemisferio.

El eco llega a veces. Lo dejo pasar.

CUÉNTAME UN CUENTO

Óscar Bastante*



* **Óscar Bastante** (Barcelona) ha publicado varios relatos en diferentes antologías. Trabajó como periodista musical, realizó colaboraciones en *El País de las Tentaciones*, y fue director de la emisora municipal Radio Rubí.

—... y así es como termina.

El grupo de unas cincuenta personas congregado alrededor del Cuentacuentos comenzó a aplaudir. Algunos se levantaron, otros hicieron reverencias, y sonaron silbidos de aprobación, “bravos” y hurras”. La plaza de piedra se hizo eco de las reverberaciones, las risas y las conversaciones.

El Cuentacuentos estaba muy satisfecho. Aunque no sorprendido. Sabía que ese relato siempre funcionaba. Al fin y al cabo, ¿quién podía resistirse a una narración trufada de notorios peligros, oscuros amoríos y promesas de tesoros futuros? Nadie, como lo atestiguaban los rostros embelesados y sonrientes del gentío, que generosamente se estaban desprendiendo de unas cuantas monedas que depositaban en el interior de un ajado sombrero de fieltro que el Cuentacuentos había colocado cerca de sus pies.

Barrió la plaza con su mirada, mientras todavía perduraban los aplausos y las muestras de apoyo. Algunos espectadores permanecían sentados en la balaustrada que recorría dos de los edificios que se asomaban al zócalo, intercambiando impresiones y cuchicheando entre sí. En algunas de las ventanas del edificio de la antigua mancomunidad podía ver siluetas recortadas sobre el fondo de la luz de las lámparas de aceite. Un rocío compuesto por pequeñas monedas de cobre atravesaba el aire, cayendo en el suelo o en el interior de la fuente que tenía a su espalda.

El Cuentacuentos las recogió todas, una por una, calculando que en total habría recaudado unos cinco reales. No estaba nada mal. Guardó las monedas en un saquito de terciopelo azul y se dirigió a la escalinata que daba acceso al palacete que constituía la vivienda del corregidor Monsálvez, que como cada año le había invitado a referir sus fábulas durante las Fiestas de Primavera de la localidad.

Monsálvez y su esposa Hermelinda le esperaban en la antesala del despacho del primero, vestido él con un jubón negro de corte estrecho, y ella con una túnica y una mantilla.

—Maese Tendillo —dijo el corregidor, inclinando levemente la cabeza —, como siempre ha estado usted fantástico. Es un verdadero placer escuchar sus relatos.

—Es muy cierto —comentó Hermelinda con una fastuosa sonrisa prendada en sus labios—, escucharos es como acudir a un balneario, un auténtico remanso de paz en el trasiego cotidiano de nuestros días.

El Cuentacuentos inclinó a su vez la cabeza ante Monsálvez y besó la mano de su esposa.

—Me honran con sus alabanzas —dijo—. Solo espero haberles hecho olvidar sus grandes preocupaciones durante unos minutos.

—Oh, y lo ha conseguido —aseguró el corregidor—. En concreto, esta fábula acerca de la luz del amor y la oscuridad del mundo material, además de bellísima, es muy instructiva. Estoy convencido de que los ciudadanos que han asistido a su representación así lo han considerado.

—Gracias, vuestra señoría. Sois muy amable con un simple narrador de cuentos como yo.

Hermelinda se había separado de los dos hombres mientras hablaban, y ahora se acercó de nuevo con un saquito de seda negra en cuyo interior tintineaban más monedas. Tendió el saquito al Cuentacuentos, que lo recibió con una nueva reverencia. Tras departir durante unos instantes con el corregidor y su consorte, decidió retirarse a descansar.

Monsálvez cruzó las manos tras la espalda y miró a Hermelinda, que tenía la vista posada sobre las baldosas de mármol verdoso del vestíbulo.

—Bueno, otro año más —dijo él—. Anda, vamos a cenar, que ya va siendo hora.

—¿Y el dinero, qué? —inquirió ella—. ¿Cuánto nos hemos gastado este año con Tendillo? ¿Diez reales?

—Más o menos. Pero ya sabes que a mí no me importa.

—Lo sé, Ambrosio. Y lo entiendo. Pero algún día tendremos que acabar con este despropósito, ¿no te parece?

Monsálvez miró a su mujer con frialdad. Hermelinda suspiró y bajó la cabeza.

—Esto durará mientras Tendillo se pueda sostener de pie. Ya lo sabes.

Ella asintió en silencio mientras ambos se encaminaban hacia el comedor. Luego tomaron asiento en la gran mesa de roble, y Hermelinda volvió a hablar para apaciguar a su marido:

—No te molestes, esposo; ya sé que tienes en mucho aprecio a Tendillo.

—Así es —repuso él—; lo conozco desde hace cuarenta años. Fue mi tutor y mi principal maestro durante toda mi infancia y mi juventud.

—Lo sé. Me has contado muchas veces cómo tu padre lo captó después de verlo en multitud de ferias y fiestas locales para ser tu maestro.

—Nadie contaba anécdotas y aventuras como él. A nadie en toda mi vida vi emocionar de esa manera al gentío solo hablando y narrando fábulas. Conocía mil historias y me las recitó todas. Él me enseñó a hablar en público, a escribir, a declamar, a hacer discursos... Tengo una deuda con él, y a fe mía que la saldaré mientras él viva.

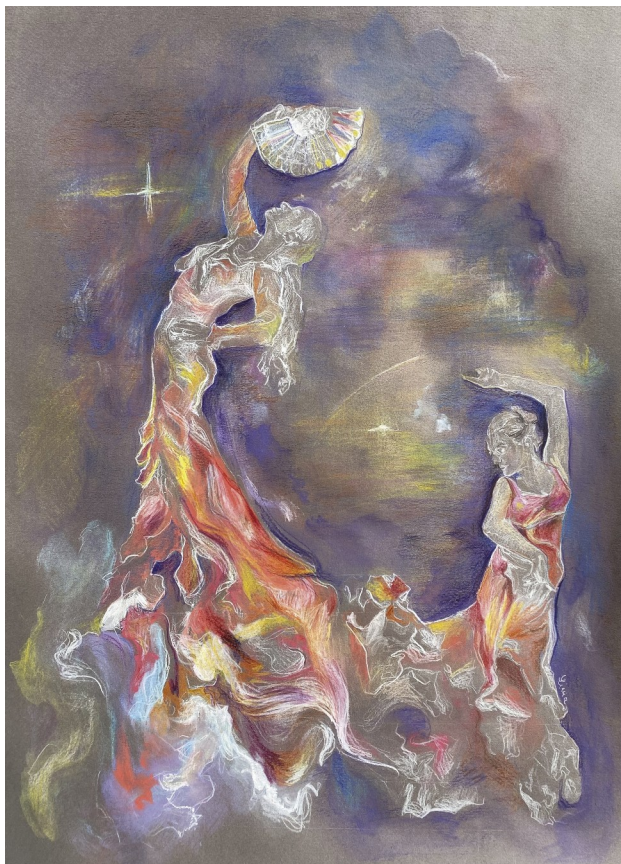
Hermelinda removió la sopa de col con la cuchara de plata que sujetaba entre sus dedos, observando el plato humeante.

—Qué lástima que haya perdido la cabeza —dijo compungida—. Ojalá lo hubiera visto en aquellos días, y no ahora, que solo repite sin parar el mismo cuento y cree que todavía tiene treinta años.

—Sí, ojalá.

LA BÚSQUEDA DEL TESORO

Cristina Manías Fraile*



“En estas tierras hay un tesoro”, contaba siempre su abuelo.

La desbordante imaginación que caracteriza a los niños provocó que en su mente surgiera un maravilloso universo en el que podía fantasear con ocultas riquezas custodiadas por seres mitológicos. Cuando salía de clase, recorría el valle con avidez, esperanzado de encontrar a alguna xana encantada que habitara en un manantial y que le entregaría un cofre lleno de monedas de oro, como ocurría en los cuentos que le contaba su madre por las noches. Otras veces imaginaba que duendes y tragos tendrían un tesoro escondido en alguna cueva o en las raíces de los árboles y él sería un aguerrido explorador que se adentraría sin temor en las profundidades de la tierra para encontrar aquellas fabulosas riquezas.

* **Cristina Manías Fraile** escribe relatos de ficción, es autora de un libro de cocina tradicional, imparte conferencias sobre la mujer y publica artículos sobre arte, historia y tradiciones en el periódico *La Opinión de Zamora*.

Quiso la mala fortuna que sus padres y abuelos faltaran pronto, quedando él solo como heredero de las tierras. Presa de la inmadurez y de una febril ilusión, mantuvo una fe ciega en las palabras del anciano abuelo, por lo que comenzó a salir todos los días, con las primeras luces del alba, provisto de un pico y una pala para excavar en distintos puntos que consideraba estratégicos. Analizaba dónde podría estar enterrado un objeto valioso. Tal vez a los pies del anciano roble o junto a aquella peña de aspecto extraño, acaso en la encrucijada de caminos o al pie de algún castaño centenario...

Al cabo de unos años tenía gran parte del terreno horadado, pero no había conseguido encontrar ningún tesoro.

La realidad cayó como una pesada losa aplastando sus anhelos. Se dio cuenta de que estaba a punto de perder la cordura, pero consiguió mantener lúcida su mente y comprendió que la mejor opción era abandonar aquella insensata empresa.

Como si se hubiera quitado un enorme peso de encima, se sintió un hombre nuevo y comenzó a cultivar la tierra. Rellenó los agujeros. Limpió y abonó el terreno. Podó, regó y cuidó las vides, como le habían enseñado tiempo atrás sus padres y abuelos. Vendimió. Llegado el tiempo de la cosecha, admirando el color púrpura de los generosos racimos. Pisó las uvas y elaboró vino en la bodega.

Y entonces fue cuando cayó en la cuenta.

-¡Lo encontré! ¡Por fin encontré el tesoro que escondían estas tierras!

Exclamó maravillado, saboreando con deleite el vino recién extraído de la bodega, celebrando la que iba a ser una magnífica cosecha y comprendiendo al fin la enigmática frase de su abuelo.

Entonces los duendes y tragos pudieron regresar a sus tierras y habitar sus hogares bajo las raíces de los viñedos y en los huecos horadados de los robles centenarios, sabiendo que ya no iban a molestarlos. Y la xana pudo regresar tranquila a su manantial, volviendo a peinar sus cabellos con un peine de oro en la mañana de San Juan. Y cuando todo regresó a su orden natural, la viña siguió siendo cultivada y continuó ofreciendo sus riquezas en forma de generosa cosecha al hombre que por fin había comprendido dónde se encuentran los verdaderos dones que otorga la tierra.

Los libros de mi vida

Miguel de los Santos*

LOS PREMIOS (1960), DE JULIO CORTÁZAR



“¿Qué habría sido de Cortázar si no hubiera escrito *Rayuela*?”. La extraña e inconveniente pregunta la escuché hace años a uno de los contertulios asistentes a una reunión literaria a propósito del genio argentino nacido en Bruselas. Extraña, aunque no infrecuente. Es una manera habitual con que los lectores simplifican inadecuadamente la prolífica y brillante carrera de la mayoría de los autores de renombre atraídos por la enorme y, a veces circunstancial popularidad lograda por uno de sus títulos, aunque no siempre resulte ser el más genuino de su estilo literario. Ha sucedido, sucede y sucederá siempre este fenómeno de identificación masiva. La razón es simple: a los habituales y ávidos lectores atentos siempre a todo tipo de innovación literaria se suma en estos casos toda una legión de consumidores coyunturales atraídos por el eco y reclamo de la crítica oportuna y la promoción adecuada. Entonces surge la revelación, el descubrimiento, el hallazgo de un autor “nuevo”, aunque ese título en cuestión llegará precedido de años, incluso a veces décadas, de otros muchos de similar valor o interés literario. Pero en la mayoría de los casos para el gran público el nombre del autor quedará indefectiblemente ligado a un solo título. Benedetti y *La tregua*; García Márquez y *Cien años de soledad*, Cela y *La colmena*; Delibes y *Los santos inocentes*, pongo por caso. Hasta en los grandes genios de la literatura universal se produce el fenómeno. Digamos *El Quijote* de Cervantes, *Hamlet* de Shakespeare, *Los Miserables* de Víctor Hugo o *Fausto* de Goethe o *La divina comedia* de Dante.

El caso de Cortázar es sumamente curioso y rompe todos los moldes (al menos conocidos hasta entonces) de los caminos que conducen al éxito de una novela. Pues, más allá de su indiscutible calidad literaria y estilo rompedor en aquellos años en que surgía el realismo mágico, la originalidad que atrajo la atención del gran público hacia su figura tras la publicación de *Rayuela* en 1963 fue la curiosa estructura del relato, su arquitectura, el ingenio del autor para

* Creador de contenidos nato, tras dedicar una vida a la radio y a la televisión, Miguel de los Santos decidió dedicar otra de sus vidas a la literatura. Ha publicado un libro de ensayos vivenciales y tres novelas. Su última novela es *Flor de avispa*.

construir una historia que el lector podía disfrutar por igual y sin que perdiera el mínimo punto de interés de tres maneras distintas: de principio a fin siguiendo el orden convencional de la numeración de las páginas, de atrás hacia delante en sentido inverso y también por capítulos alternos, primero los impares y luego los pares. De esta manera, y aún por encima del impecable estilo narrativo con que el autor describe las situaciones, lugares y personajes, *Rayuela* alcanzó la categoría de *bestseller* en tiempo récord, convirtiéndose para siempre en el absoluto referente de Julio Cortázar, su firma y sello de identidad literaria, cuando la realidad de su inmensa obra nos desvela uno de los autores más prolíficos de la literatura en castellano del siglo XX. Porque es que, además y en mi modesta opinión, no es *Rayuela* el trabajo que define con mayor exactitud la vocación y estilo de su autor, aquella manera con que en sus publicaciones anteriores o posteriores nos sorprende permanentemente con insólitas formas narrativas nunca antes conocidas. Asunto este que emerge con pujanza y tino ya en la primera de sus obras que vio la luz, *Los premios*, si bien había tenido anteriormente algunos escauceos literarios bajo el seudónimo de Julio Denis publicando sonetos y relatos en la revista SUR.

Tres años antes de la aparición de *Rayuela*, en noviembre de 1960, la Editorial Sudamericana publica en Buenos Aires la primera novela de Julio Cortázar *Los premios*, escrita en París adonde el escritor se había trasladado nueve años antes en busca de mejor fortuna para sus propósitos literarios. La crítica se deshace en elogios resumidos en la crónica firmada por Jacques de Ricau-mont en el diario clandestino de la resistencia francesa *Combat*, donde escribe textualmente: “Es raro que una primera novela sea una obra maestra, tal es el caso sin embargo de *Los premios*”. Opinión refrendada al otro lado del Atlántico por el afamado crítico literario Bernardo Verbitsky en *Noticias Gráficas* de Buenos Aires quien publica: “El novelista más serio e importante aparecido en el país en la última década”. Y, sin embargo, Cortázar y su editorial habrán de esperar cuatro años nada menos para que el público lector de ambos continentes certifique dichas opiniones de los expertos agotando esa primera edición a la que sucederían nada menos que catorce más en otros tantos años desde su publicación. ¿Razones para que esto sucediera? Esos cuatro años de demora son exactamente los que tardó en aparecer *Rayuela*, cuyas razones de impacto súbito y éxito popular, debidamente expuestas anteriormente, impulsaron el reconocimiento mundial del escritor y el rescate de todo lo publicado por él anteriormente. ¿Quiere esto decir que *Rayuela* haya sido reconocida injustamente como la obra más importante y emblemática de Cortázar? Ni mucho menos. Crítica y público así lo reconocen. Pero, a mi modesto entender, insisto, en ningún modo la que marca y refleja el más puro estilo de la narrativa del genio argentino. El torrente de sus cuentos y relatos, la esencia de su personalidad única reflejada en ellos de forma incomparable lo encontrarás en esta su primera novela titulada *Los premios*, donde nos regala esa imagen misteriosa y dramática de un universo cerrado tan suyo con una descripción sagaz, completa y nueva de la compleja realidad en su país, Argentina, en la década de los 60, un periodo de marcada inestabilidad política caracterizado por una democracia cívica militar restringida, presidida por el Presidente constitucional Arturo Illia y por la llamada Junta Revolucionaria, que daría paso sucesivamente a las respectivas dictaduras de los generales Onganía, Levingston, y Lanusse. Si aún no lo hicieron, lean *Los premios*, la novela que describe y descubre a Julio Cortázar. En ella nace la verdadera esencia de un estilo genial e inimitable.

El sexto sentido

Fernando Martín Pescador

Numers - Números, Carlos Diest Sánchez, colección Las tres hermanas poéticas, Prames, 2026.



El nuevo poemario de Carlos Diest se titula *Numers – Números* y forma parte de la colección Las tres hermanas de la editorial Prames. Carlos Diest

escribe siempre en aragonés y acostumbra a traducir (subtitular, como dice él) sus textos al español. Así pues, este, su sexto libro, es una vez más un libro en edición bilingüe.

El libro comienza con una cita de Pitágoras: «El número es el rector de las formas y las ideas, y es la causa de los dioses y los demonios». A partir de ahí, Diest nos regala treinta y ocho (38) poemas cortos cuyos títulos son un número del uno (1) al nueve (9), primero y, a partir de ahí, letras que representan un número matemático (π , ∞ , $x\dots$). Cada título viene acompañado de un adjetivo precedido del artículo neutro «lo» (lo bello, lo único, lo escondido...).

El silencio, los paisajes interiores, la memoria, la infancia, las confluencias del pasado, el presente y el futuro y la luz (con todos sus matices posibles) son constantes de unos poemas de vocabulario siempre sencillo y profundo a la vez. Muchos de los poemas otorgan, también, un poder sobrenatural a las palabras, creadoras de mundos. Creadoras de nuestro mundo.

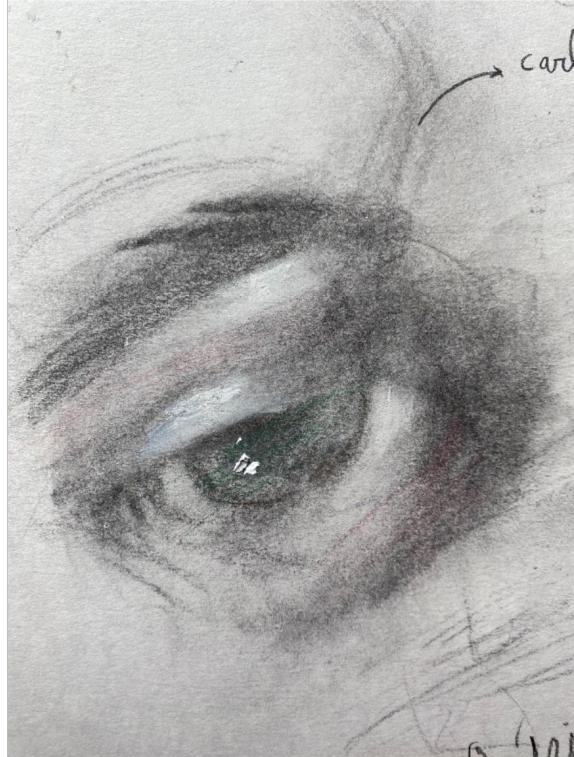
El lirismo hipnótico de Diest se dirige con frecuencia a un *tú* que establece una complicidad especial con el lector, aunque ese *tú* bien podría ser la persona amada o un buen amigo, dependiendo del poema, y que se convierte en un *nosotros* cuando se invoca a la memoria colectiva o a una resistencia épica.

La edición de Prames es hermosa. Coqueta. Sus páginas satinadas acarician tus dedos mientras pasas las páginas y vuelves a tus poemas favoritos. Porque Diest no trata a sus poemas como si fueran solamente un número. Porque los poemas de Carlos Diest Sánchez invitan a ser releídos. Después de todo, como nos recuerda el autor, «cada repetición ye unica» (*cada repetición es única*).

Desconocidas nunca más

AUGUSTE DETER Y EL DR. ALZHEIMER

R. Kipling¹



En una pequeña ciudad alemana llamada Kassel, no muy lejos de Fráncfort, nació el 8 de Mayo de 1850 Johanna Auguste Caroline Hochmann, una niña frágil criada con mimo por sus tres hermanos. Auguste creció en el seno de una humilde familia, fue educada hasta donde los recursos de la familia lo permitieron y, con tan solo 14 años, comenzó a trabajar como costurera. Pronto demostró ser una joven trabajadora con grandes habilidades y cuando alcanzó los 20 años conoció al que sería su marido unos años más tarde, Karl Deter, con quién formalizó su matrimonio a los 23 años.

Con el paso de los años, Karl consiguió un buen empleo como contable en la empresa de ferrocarriles de la zona y no tardaron mucho en tener a su primera y única hija, Tekla. Auguste no podía creerse la suerte que el destino le había deparado, casada con un buen hombre, trabajador, cariñoso, madre de una hija preciosa y los días, meses y años iban sucediéndose en un hogar que afortunadamente no tendría agobios económicos, lo que les permitiría dar a su hija Tekla la educación que ella nunca pudo tener.

¹Historiador con la inquietud apasionada de mostrar la importancia de la Mujer a lo largo de la Historia.

Todo parecía un cuento que tendría un final feliz, pero no fue así. A la edad de cincuenta años, Auguste, comenzó a notar una serie de cambios en su cuerpo, pero sobre todo en su mente, que comenzaron a inquietarle de manera importante. De cuando en cuando, lo comentaba con alguna amiga o con alguna vecina y todas le decían lo mismo: “Auguste, no te preocupes, son síntomas que tenemos las mujeres a esta edad y todo pasará”. Pero algo en su interior le decía que nada bueno le estaba sucediendo. Había oído hablar muchas veces a mujeres mayores que ella, de los cambios hormonales a esa edad, los sofocos, los cambios de humor, etc. pero esto era otra cosa.

Cada día que pasaba era un día de angustia, de miedo, de nuevos síntomas de algo desconocido, no solo para ella y sus amigas, sino para la medicina de entonces. Lo peor es que no tenía ningún tipo de referente donde agarrarse para poder entender lo que le estaba pasando, lo más parecido a sus síntomas era lo que le ocurría a los ancianos, que comenzaban a olvidar las cosas o no podían reconocer a sus más allegados. Muchas de esas personas acababan en centros para enfermos mentales y eso la horrorizaba. Había oído hablar de alguno de ellos y los tratamientos que recibían los pacientes allí y no quería ni pensar que su futuro pasaría por uno de ellos.

Auguste tenía verdadero pavor a comentárselo a su marido, seguía siendo una mujer joven y no quería preocuparle, pero no hizo falta. El propio Karl, empezó a darse cuenta del malestar y angustia que habitaban en su mujer. Primero fueron unos olvidos sin importancia, como olvidar un fogón en el fuego, confundir los alimentos, o vestirse de manera confusa. No era la primera vez y lo achacó a que debían estar envejeciendo los dos y a él le pasaría algo parecido en cualquier momento. Sin embargo, los gritos nocturnos sin saber que ocurría, los estados continuos de angustia, los celos que sentía Auguste hacia su marido, acusándole de estar con otras mujeres, hizo que Karl se planteara que Auguste estaba pasando por una enfermedad desconocida hasta la fecha.

Auguste fue ingresada en una institución para enfermos mentales en el mes de noviembre de 1901, con poco más de 50 años. Allí fue tratada por el Dr. Alois Alzheimer quién desde el principio sabía que Auguste era un caso muy especial. Dos años después, Karl intentó llevarla a otra institución por los elevados gastos que le estaba suponiendo el ingreso de Auguste, pero el Dr.

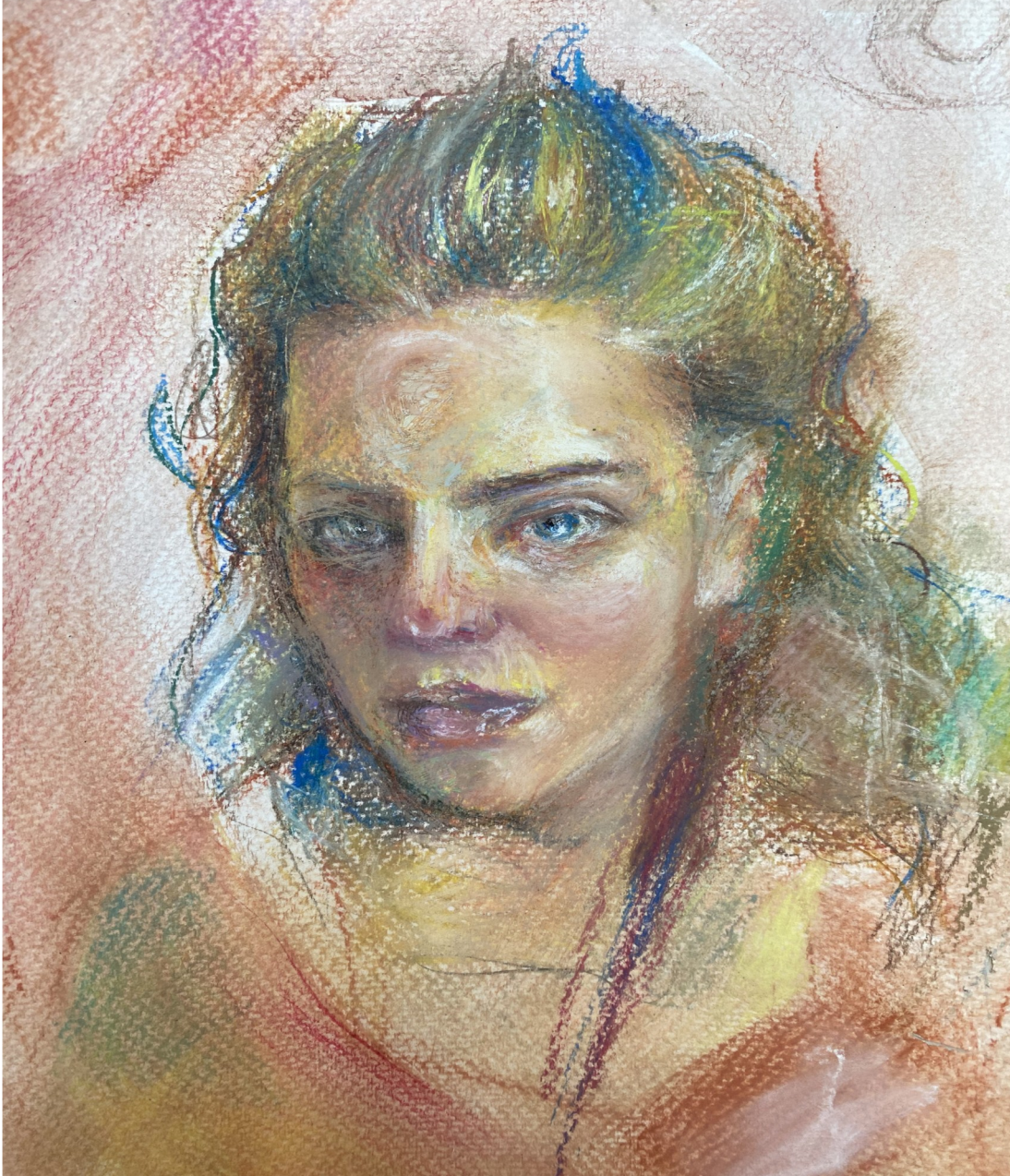
Alzheimer le pidió que no se la llevara, que se trataba de un caso excepcional para la ciencia y que correría con todos los gastos, si a cambio, le permitía examinar el cerebro de Auguste una vez hubiera fallecido. Auguste murió el 8 de Abril de 1906 y se convirtió en la primera persona diagnosticada de Alzheimer (nombre que se pondría a esta enfermedad años después).

En la actualidad el número de enfermos de Alzheimer se sitúa en torno a los 55 millones en todo el mundo y casi un millón aquí en España, siendo la enfermedad de Alzheimer, la demencia más extendida de todas las que existen. Aparte de su crueldad como enfermedad, la expansión rápida de la enfermedad lleva asustando desde hace varias décadas a los gobiernos de países desarrollados. En el año 2000 tan solo había 20 millones de casos y se calcula que para el 2050 el número se eleve a los 150 millones en todo el mundo.

Muchas veces me he preguntado qué siente una persona cuando se da cuenta de que algo no va bien en su mente, y que no son meros despistes, olvidos o cansancio. El instinto de supervivencia que todos llevamos dentro nos debe alertar del peligro que acecha, y eso debe crear una angustia terrible. Desde la muerte de Auguste Deter, el número de personas afectadas por esta enfermedad no ha parado de crecer (la crueldad que conlleva es arrolladora, te va borrando lentamente, terminarás por no saber quién eres, ni quiénes son los seres queridos que te miran y pronuncian tu nombre).

Algo muy habitual para aquellos que desconocen la enfermedad, o han tenido la suerte de no tener ningún caso en su familia, es el comentario de “al menos ellos no se enteran, están en su mundo”, pero nada más lejos de la realidad. Por desgracia, el Alzheimer ha golpeado a mi familia en varias ocasiones y es terrible, claro que se dan cuenta, claro que sufren y se angustian. Por desgracia ya no pueden razonar como nosotros, pero en lo más profundo de su mente siguen vivos, latentes, cercanos a nosotros. Solo podemos darles mucho amor, mucho cariño y, sobre todo, infinita paciencia, que no solemos tener. El Alzheimer es una enfermedad para la que no estamos preparados. Pero ellos, nuestros enfermos que olvidan poco a poco su pasado, merecen mucho más. Recientemente, se ha publicado una magnífica canción que incluye este verso: “cuando muera, solo pido no olvidar lo que he vivido”. Por desgracia, los enfermos de Alzheimer no tendrán ese privilegio.

Cuando se despertó
Fernando Martín Pescador



Yo no moriré de amor, dirigida por Marta Matute, 2026.

La metamorfosis, Franz Kafka, 1915.

Johnny cogió su fusil (*Johnny Got his Gun*), dirigida por Dalton Trumbo (guion de Dalton Trumbo y Luis Buñuel), 1971.

«Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto». Este es el comienzo de *La metamorfosis* de Kafka. Gregorio Samsa se acostó siendo una persona, algo que ya no volvería a ser. Todavía vive en casa de sus padres, junto a su hermana menor, y, aunque aterrados, la familia se encargará de protegerlo a partir de esa mañana. No le permitirán salir de su habitación, pero le dejarán alimento diariamente hasta su muerte. Gregorio intentará comunicarse con ellos, pero lo único que saldrá de su boca serán ruidos extraños más parecidos a un gruñido o a un zumbido que a unas palabras humanas.

Cuando Joe Bonham (Johnny), un soldado combatiente en la Primera Guerra Mundial, se despertó, apareció en una cama de hospital, sin brazos, sin piernas y sin ninguna posibilidad de emitir sonido alguno. Así comienza *Johnny cogió su fusil* (1971), una película cuyo guion fue escrito por Dalton Trumbo y Luis Buñuel en 1964, que se suponía que iba a dirigir el aragonés, pero que acabó siendo la única película que Trumbo pudo firmar como director. En el caso de Johnny, el espectador sí que oye su voz en off, sí que percibe su angustia porque nadie en el hospital puede oírle. Ni siquiera él mismo puede oír su voz. En un momento dado, llega a desear poder oír su propia voz para que esta lo acompañe en su pesar. En este caso, es una enfermera que cuida de Johnny la que se percata de que pueden comunicarse con él.

Cuando Claudia, la protagonista de *Yo no moriré de amor* (2026) estaba despertando a la vida, a sus 18 años, descubrió que su madre tenía un alzhéimer prematuro. Todo parece quedar interrumpido por esta situación: su padre no sabe si debe disfrutar de su jubilación, su hermana debe posponer su propia maternidad y Claudia descubre que su vida tiene que girar alrededor de los cuidados a su madre en vez de comenzar el camino hacia su emancipación. ¿Debería avergonzarse de su egoísmo o tiene derecho a encontrar su sitio al margen de su familia? La película recorre los más de cinco años en los que la madre de Claudia va perdiendo sus facultades paulatinamente hasta el

momento en el que su comunicación con el exterior, con los otros, es nulo. ¿Es consciente de cómo acaricia el pelo de su hija Claudia mientras esta la asea en la ducha? A Claudia le gustaría pensar que sí. ¿Es consciente del mundo que la rodea cuando grita en el parque al ver que un niño se ha caído del columpio?

Yo no moriré de amor ganó la Biznaga de Oro 2026 en el 29º Festival de Cine de Málaga celebrado el pasado marzo. Además, su protagonista, Júlia Mascort, se llevó la Biznaga de plata a la mejor actriz, y Tomás del Estal, la Biznaga de plata a mejor actor de reparto. Basada en las vivencias de la directora Marta Matute, la historia está llena de pequeños detalles, de verdaderas sutilezas que dan a la película grandes visos de autenticidad. Claudia, joven, todavía en construcción, vive en un piso en Valdemoro, que está rodeado por viviendas en obras, también en construcción.

¿Quién querría pasar por una situación vital así? Nadie. Pero también es cierto que, tras los más de cinco años por los que transcurre la película, Claudia, su protagonista, ha madurado, ha aprendido a vivir, ha encontrado un equilibrio en la relación con su hermana y hasta se siente fuerte para acercarse a su padre, un adusto militar retirado, para ofrecerle su ayuda, para que se desahogue con ella si es necesario. Su madre sigue y seguirá viva en sus recuerdos, en las anécdotas que la familia ha compartido a lo largo de los años o en actos reflejos, como los de arrancar las hojas secas de las macetas, como tantas veces había visto hacer a su madre.

La película, claustrofóbica en todo momento, termina con un salón iluminado por el sol antes de pasar a la canción que pone música a los créditos. De alguna forma, *Yo no moriré de amor*, termina como *La metamorfosis*: «Mientras se decían estas cosas, el señor y la señora Samsa, mirando cómo su hija se mostraba cada vez más animada, cayeron en la cuenta casi a la vez de que, en los últimos tiempos, y pese a las calamidades que habían hecho palidecer sus mejillas, Grete había florecido hasta convertirse en una mujer exuberante y hermosa. Diciendo cada vez menos y comunicándose casi inconscientemente a través de miradas, pensaron que pronto llegaría la hora de buscarle un buen marido. Y para ellos fue como una confirmación de sus nuevos sueños y de sus buenas intenciones cuando, al final del trayecto, la hija se levantó la primera y estiró su cuerpo joven.»

Agenda 2025-2026



Estas son las actividades culturales previstas para la próxima temporada dentro del marco de Luciérnagas:

23 Septiembre – DÍA EUROPEO DE LAS LENGUAS

19:00 – 20:00 — Chillout Room – Escuela Oficial de Idiomas de **Valdemoro**

19 Oct 2025 – 2 Ene 2026 – La luz de tu querer

Exposición de Livia Organista

Milia's Coffee - Kirchstraße 10, 42103 Wuppertal Hauptbahnhof

27 Octubre – Tertulia literaria sobre el libro *Rincones de la infancia*, de Felipe Díaz Pardo

11:30 -13:30 – Fuenlabrada

28 Octubre – TARDE DE MONSTRUOS

19:00 – 20:30 – Lectura de cuentos de terror.

Noviembre – CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS III EDICIÓN

Diciembre – CUENTOS POR NAVIDAD

Número 114, diciembre 2025, de *La revista de Valdemoro*

Febrero – OSCAR AWARDS 2026 - Reviews

23 Marzo – VII Edición del concurso de deletreo en inglés (Spelling Bee) de Valdemoro

17-19 Abril – Feria del libro de Valdemoro

21 Abril – POSEÍA POESÍA

19:15 Biblioteca Ana María Matute – Valdemoro

24 Abril – FALLO DEL CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS III EDICIÓN

15 Mayo – Presentación del libro *Pasión*, de Luis Carlos Marco Bruna

19:00 – Biblioteca de Aragón, Zaragoza.

16 Mayo – Feria del libro en el colegio Lagomar

Ilustraciones de Livia Organista

Portada: *La torre del ojo*, 2026 - Acrílico, acuarela, pastel, lapiceros de colores sobre papel entelado 24,5 x 33,5 cm

Página 3: *Chiquilla, ¿a dónde vas?*, 2026 - Acrílico, óleo al agua y pastel sobre tela, A3

Página 4: *Boceto Círculo de Bellas Artes*, 2026 - Lápiz y carboncillo sobre papel A4

Página 6: *El proceloso porvenir*, 2025 - Acrílico sobre lienzo, 100 x 81 cm

Página 7: *Cogiendo al toro por los cuernos*, 2025 - Acuarela y lápices de colores sobre papel Canson, 65 x 50 cm

Página 8: *Santa Úrsula*, 2026 – Plano detalle – Técnica mixta (pigmento, acuarela, acrílico, lápices de colores, pastel) sobre papel, 50x70 cm.

Página 10: *Raíces*, 2025 - Carboncillo sobre papel, 50 x 70 cm

Página 12: *Pintura Mural Limbecker Platz, Essen. Detalle*, 2025 - Acrílico, 200 x 150 cm aprox.

Página 15: *Infancia y senectud en grisalla*, 2026. Detalle - Carboncillo, acrílico y lápices de colores sobre papel, 50 x 70 cm aprox.

Página 17: *No cesa su crecer*, 2024 (Botanischer Garten Wuppertal) - Bolígrafo sobre papel A4

Página 19: *Romería entre aguas*, 2025 - Acuarela y rotuladores sobre papel 37,5 x 54 cm.

Página 20: *Trazos inquietos*, 2026. Detalle - Pastel y sanguina sobre papel, 50 x 70 cm aprox.

Página 22: *El revuelo*, 2026 - Acuarela y lápices de colores sobre papel A4

Página 25: *Arlequín*, 2026 - Acrílico, óleo al agua y pastel sobre papel A4

Página 27: *Nacimiento de mitos de lo moderno*, 2025 - Acrílico, óleo y pastel sobre DM, 175 x 50 cm

Página 30: *La huida*, 2024 - Acrílico sobre lienzo, 180 x 100 cm

Página 32: *Cartografía de los cuerpos*, 2024 - Acrílico, óleo y pastel sobre lienzo, 60 x 80 cm

Página 35: *El aleteo del martín*, 2026 - Acrílico y pastel sobre lienzo, 81 x 100 cm

Página 36: *El llanto de la pradera*, 2024 (reinterpretación del boceto de la *La pradera de San Isidro* de Goya) - Tinta y lápiz sobre papel A5.

Página 39: *La península del capote*, 2025 - Linóleo, 32 x 25 cm.

Página 41: *Mujer de azul*, 2024 - Tinta, acuarela y bolígrafo sobre papel A4.

Página 43: *La luz de tu querer*, 2025 - Lápices de colores acuarelables sobre papel, 50 x 70 cm.

Página 45: *Libre, vuela*, 2026 - Acrílico, óleo al agua y pastel sobre papel A4.

Página 47: *Mujer al viento*, 2026 - Acrílico, óleo al agua y pastel sobre papel A4.

Página 50: *Alegría nocturna*, 2025 - Lápices de colores acuarelables y pastel sobre papel Canson 50 x 38,8 cm-

Página 52: *Tauromaquia y otros peces con lunares*, 2025 - Acrílico, óleo y pastel sobre lienzo, 90 x 120 cm

Página 54: *Bailaoras II*, 2024 Lápices de colores sobre papel A4

Página 56: *Borrado en tu memoria*, 2026. Detalle - Carboncillo sobre papel A4

Página 59: *Simbiosis*, 2026 - Acrílico, óleo al agua y pastel sobre papel A4

Página 62: *Oda a la vida*, 2024 (Jardín Botánico Wuppertal) - Bolígrafo, rotuladores y lápices de colores sobre A5.

Página 63: Alegoría de un sueño – boceto.

